



VISTA DE LA CATEDRAL DE REIMS. (1)

(1) Esta iglesia es célebre no solo por estar destinada á la consagración de los reyes de Francia desde tiempos muy remotos, sino por su carácter arquitectónico y la riqueza de sus ornamentos. En el sitio que ocupa, ha habido ya otros dos templos anteriormente.

25 de agosto de 1847.

te, de los cuales el último pereció en un incendio en 1210, y su reconstrucción empezada dos años después, duró mas de 50 años; desde entonces son muy pocas las modificaciones que ha sufrido, y estas no en su parte principal, sino en los accesorios.

TOMO V. 22

ESTUDIOS HISTORICOS.

JUANA DE ARCO.

I.

Cuando se lee la historia aparecen de tiempo en tiempo delante de nuestros ojos seres cuya vida es difícil explicar, si no se recurre para ello á alguna de esas secretas leyes de la Providencia que llega a veces á su fin por los mas estraños caminos. Vense en efecto hombres que desprendidos completamente de las cosas mundanas, solo parece reflejar en su frente un pensamiento divino, de cuya ejecucion están encargados en la tierra. Ellos no preguntan nunca como el caminante que viaja por ignorados lugares, donde está el pueblo de su descanso: desde el instante de su partida saben ya á donde han de ir á parar al fin de la jornada. Como si se moviesen á impulso de una ley suprema, como sino hubiese en ellos voluntad ni fuerza propia, cuando han acabado su camino ellos mismos doblan la rodilla y se aduermen en el sueño de la muerte sin violencia como sin dolor. El que los vé pasar con la frente erguida y como desafiando las tempestades, se pregunta si han vuelto para el mundo los tiempos en que Dios se comunicaba con el hombre por medio de mensajeros de su amor ó de su ira. Entonces se estremecen las almas de todos de placer ó temor y los oídos reconocen las palabras que brotan de los labios de aquellas inspiradas apariciones como las armonías del cielo. Hay ocasiones, sin embargo, en que la impiedad es mas poderosa que la fé, y en que los pueblos reciben á tan misteriosos seres como heridos por alguna perturbacion mental ó como haciéndose los inspirados y los profetas. Cuando así sucede, caen sobre sus frentes todas las ignominias de la tierra, pero la semilla que ellos siembran no por eso deja de dar mas seguro fruto. Así Juana de Arco, su vida es un enigma de muy difícil solucion si la fé ó el entusiasmo no nos ayudan á penetrar sus arcanos; su gloria como su caída es providencial y salvadora. Nosotros vamos á bosquejar aquí una y otra, desconfiando mucho de los colores de nuestra paleta ante la grandeza del asunto que se desenvuelve á nuestros ojos.

II.

La Francia se hallaba en uno de los periodos mas criticos de su existencia. Envuelta todavía en los horrores feudales, era llegado, sin embargo, el momento de salir de aquel caos la nacionalidad y la monarquía francesa. La guerra de los armañacs con los borgoñones debía considerarse como una guerra nacional desde el punto en que se habia puesto al frente de los segundos el heredero de Enrique V. Sin embargo, para desgracia de la Francia, todas las ventajas estaban de parte del extranjero: él tenía su parlamento, residia en París y habia sido solemnemente proclamado por la nobleza. Carlos VII en tanto venia de pueblo en pueblo acosado por las tropas vence-

doras de los borgoñones, y hombre de corrupcion y de miseria se templaba para la guerra en los brazos de sus concubinas y entre los placeres de la mas baja prostitucion. El que entonces hubiese echado una mirada sobre el pais seguramente que hubiera creído infalible el triunfo de Enrique. En una epoca feudal tenia de su parte los señores de casi todo el territorio, cuando aun la nacionalidad no habia apenas despuntado, habia logrado avasallar fácilmente pueblos y ciudades. El ademas estaba rodeado del prestigio que da la victoria, mientras que su contrario no tenia osadia ni siquiera para morir. Apesar de cuanto llevamos dicho, habia una razon mas poderosa que todas que debia dar irremisiblemente el triunfo al mas abatido, y que habia de revestir de prestigio y gloria hasta aquel mismo vástago de San Luis que así prostituía en el fango su dignidad de hombre y de rey. Cuando todo lo pasado estaba al lado de Enrique se levantaba de parte de Carlos todo el porvenir de la Francia. Los nobles ocupados en sus luchas de castillo á castillo y en sus justas y placeres, no se habian apercibido de que á la sombra de fragiles tapias, entregados solo á la virtud y al trabajo, se habian ido formando aquí y allí ciudades que no necesitaban mas que una revelacion para levantarse con toda su fuerza. Acostumbrados á ver el mundo dividido entre los reyes y los señores, ellos no habian podido todavia darse cuenta de sus destinos ni aun de sus esperanzas: no se atrevian á creerse, inteligentes y laboriosos como eran, la herencia y la parte de una nobleza y de unos monarcas corrompidos y holgazanes, pero tampoco podian dar el primer paso en la senda de un rompimiento con quienes estaban acostumbrados á mirar tanto tiempo hacia como señores. Por eso, pues, con uno solo que se llegase á su oído y le hablase de la santidad de sus derechos, el pueblo debia alzarse luego en toda la plenitud de su virilidad y fuerza soberana. Aquella voz que debia hacer conocer al pueblo la razon que le asistia para ser llamado al concurso de la comun felicidad, salió de los labios de una muger que se decia inspirada de lo alto y que traía la mente llena de mil sublimes visiones. El cielo la habia escogido entre los débiles, para alentar con aquella muestra á los hombres flacos de espíritu, la habia sacado del rincon mas miserable de una aldea para que el pueblo le reconociese como hermana. Cuando Juana de Arco partia cubierta de una armadura resplandeciente, animando á los soldados en el combate, llevando tras de si la victoria, los cortesanos reian alguna vez, los capitanes mas ambiciosos murmuraban por lo bajo, pero el pueblo, el pueblo aplaudia siempre cuando el entusiasmo no le hacia alzar las manos al cielo como queriendo buscar allí la explicacion de aquellos milagros que se obraban sobre la tierra. Asistido, pues, Carlos por aquella mano santa, su causa debia levantarse de la postracion en que estaba para ostentarse un dia sobre las ruinas de sus enemigos. En él debia salvarse la nacionalidad y aquella habia de ser la primera manifestacion de la omnipotencia del pueblo.

III.

Ya hemos dicho arriba que todo parecia inclinar la balanza del lado de Enrique. Ausiliado por las tropas que habia sacado de Inglaterra, con el concurso de los dos mas poderosos señores de Francia, el duque de Breta-



ha y el de Borgoña, él había podido avanzar por todo el territorio haciendo doblegarse fácilmente cuanto parecía querer oponerle alguna resistencia. Vencedor en Crevanti y de Verneuil, tomadas las plazas que mas inclinadas parecían en favor de la causa de Carlos, contando este apenas en su defensa con el auxilio de algunas bandas de mercenarios extranjeros, imposible parecía que hubiese nada que pudiera contener el triunfo de su orgulloso contrario. Una ciudad, sin embargo, se mostraba en pie en medio de la comun ruina: Orleans era la única que había cerrado sus puertas dispuesta á morir antes que abrirlas al enemigo. La resolución empero era heroica. Las tropas inglesas venían desvanecidas por la sed de pillage y de triunfo y dejaban detrás un país amigo ó por lo menos fiel por el terror: ellas llevaban consigo la superioridad que da el número y la victoria; mientras que los orleaneses estaban completamente abandonados, y no tenían contra tan poderoso enemigo mas que la desesperacion. Las huestes de Carlos habían recibido el último golpe en Houvray, donde habían hecho en vano un heroico esfuerzo para ausiliar la plaza: allí mas que en ninguna otra parte se había visto su terrible sino; el mismo valor que habían mostrado había sido su perdicion y muerte. La noticia de aquella derrota llegó á Orleans cuando ya el hambre se había encargado de hacer lo que no había conseguido el fierro enemigo: el efecto que produjo debió ser por lo tanto terrible. Aquella gente se veía desamparada, sin fuerzas ya para combatir, acosada de las plagas mas terribles y conociendo lo inútil de su resistencia. En el momento del sobrecogimiento general que produjo aquella infausta nueva, levántanse algunas voces mas timidas que acogian una transacion. Aquella idea, sin embargo, es rechazada con furor. Los que han combatido hasta allí, no quieren ceder en un día el derecho que en tanto tiempo han adquirido á la inmortalidad. Los mas tibios no se arredran por esto. Dejan que el tiempo haga mayores estragos en los hijos y en las mugeres de los sitiados, y cuando ya reconocidamente es vana y temeraria toda defensa idean un medio de conciliarlo todo. Formaron una capitulacion en la cual se rinde la ciudad, con la condicion de que ha de reservarse la plaza para que vuelva á tomar posesion de ella su legitimo señor, preso á la sazón en Inglaterra de resultas de la parte que había tomado en favor de Carlos. Estas proposiciones eran gloriosas, hechas en el extremo á que había llegado aquel heroico pueblo, pero no habían de ser aceptadas por Bedford, que viendo fácil su triunfo queria usar de él como mas placiese á su tiránico capricho. Asi, pues, la única puerta que quedaba á aquella heroica ciudad la veía cerrada para no abrirse mas que á la desesperacion y á la muerte. Orleans iba á perecer y la Francia con ella. Ni el rey, ni la nobleza, ni el clero, habían de ser parte á salvarle del abismo que se había abierto á sus pies, y todo parecía inevitablemente perdido.

En medio de este general abandono, cuando ya no había mas que postracion y luto, espárcese como un vago rumor de no se sabe qué muger inspirada que viene á libertar Orleans y la Francia. El pueblo sencillo y crédulo y confiando siempre en un Dios que no puede abandonar la inocencia y la desgracia, acoge aquel vago rumor en su corazon como un rocío vivificador que fecunda su esperanza. De súbito y sin mas que aquella luz que ha aparecido en medio de la oscuridad en que estaban los tiempos, cambia todo de aspecto. Ya no se piensa en sucumbir, ya no se cree en la irresistible fuerza de los soldados vencedores: con el cielo de su parte, cualquiera enemigo es pequeño. Aquella muger, hermosa, jóven, que sale de la oscuridad para no desvanecerse en la luz; que débil promete ser la primera en marchar al frente del enemigo, que cubre sus delicadas formas con la pesada armadura, y que con los halagos de toda la tierra no tiene nunca puesto el pensamiento mas que en Dios, aparece á los

ojos de la muchedumbre como un ángel enviado delo alto para levantar al oprimido.

Y en efecto, todo aquello era extraño y cubierto de misterio. En la pequeña aldea de Douremy, vivía una jóven llamada Juana de Arco, nacida de padres oscuros, y criada en el mas santo temor de Dios y de su iglesia. Sus primeros años los había pasado en el recogimiento de su familia, y tímida y sencilla no se diferenciaba del comun de sus compañeros, mas que en cierto hastio de las cosas del mundo, que contra las inclinaciones de la edad, se había manifestado siempre en ella. Pero en lo demás la misma timidez, la misma ternura para con sus padres, el mismo cariño para con sus hermanos, la misma sonrisa para cuantos vivían á su alrededor. Así vivió hasta llegar á los quince años. Entonces de pronto se obra un cambio en ella: aquel semblante que hasta allí no había espresado mas que el tímido candor de la inocencia, se anima con tintes brillantes que lo iluminan y le dan un aspecto de magestad divina. Ya no son los labios que sonríen movidos por la disposicion agradable de un camino dispuesto á reflejar todo lo bello y todo lo amoroso: muévense ahora como si contraidos por una fuerza interior, quisiesen pronunciar palabras que no se atreve todavía á decirse á sí misma. Arrancada con frecuencia del trato de cuantos la rodean, recela permanecer largas horas como absorbida por un éxtasis celeste. A seguir entonces los movimientos de su semblante glorioso, pudieran leerse en él impresiones sublimes que pasan sobre aquella frente radiosa como vivo reflejo de las agitaciones de su alma. Pero las gentes que la rodean apenas reparan en ello: la creen algo mas retraída, algo menos espansiva que hasta entonces, pero nunca pueden penetrar todo el misterio de su corazon. Ella sin embargo les ha hablado algunas veces de ciertas apariciones que han movido su ala luminosa sobre su frente: tales contado no sabe qué visiones sublimes en que los ángeles han ungido su cabeza con el óleo de los escogidos; pero los mas lo han creído vanos ensueños de una edad en que se despierta el alma al aliento de las mil ilusiones de la vida que vá á recorrer. Un día sin embargo se levanta del lecho mas agitada que nunca: luminosa como si ornase sus sienes una aureola celeste, reúne á su familia y la comunica el pensamiento que la ha sido revelado de ser la escogida por el cielo para salvar á Orleans y á la Francia. Hay una superioridad tal en sus palabras, las acompaña con un aire y una espresion tan sublime, que nadie se atreve á contrariarla. Ella ha dicho que Dios la ha revestido de su fuerza, y solo así se conciben los alientos que le animan para ir á acometer una empresa que arredrara al mas fuerte. Desde allí hace que la conduzcan ante el capitán Bandricourt, gefe de Vaucoulers. A este como á los demás, se presenta con la frente levantada y proclama la revelacion que ha tenido. Ella necesita ir á buscar al rey y no hay peligro que le arredre. Cuando esté delante de Carlos le dirá su mision y le conducirá á Reims para ser allí solemnemente consagrado. Sin la consagracion no había poder legitimo. En una época en que la religion conservaba aun hondas raices en el pueblo, nada había que santificase tanto un derecho como la sancion religiosa. Bandricourt la oye en un principio con la natural prevencion que debia inspirar una jóven salida de pronto de la oscuridad para levantarse á tal altura, pero subyugado luego por la persuasion de sus palabras se compromete á hacerla acompañar por dos caballeros hasta la morada real. La empresa sin embargo es temeraria. Para llegar hasta Clisson donde reside Carlos, hay que atravesar ciento cincuenta leguas por un país ocupado por los ingleses y que ofrece, por lo tanto, los mayores peligros. Aquí es donde empieza ya á verse la superioridad de Juana: cubierta de una pesada armadura y montando un caballo de guerra, ella es la que dirige aquella pequeña expedicion por caminos y veredas des-

conocidas, y esquivando á cada paso el encuentro de los ingleses logra atravesar en diez dias todo aquel estensísimo espacio. Llegada á los reales de Carlos se presenta al rey, pero aquel hombre disipado y frívolo, rodeado de una corte digna de la bajeza de su alma, la recibe en un principio con mil ofensivas prevenciones. Las burlas, las injurias de aquella corte corrompida, no hicieron sin embargo mella en aquella alma poseida por cosas mas altas. De Clisson se la lleva á Poitiers, y allí el parlamento y la universidad hacen en ella las mayores pruebas para confundirla y enmarañar su pensamiento, y los teólogos y los juristas se asombran al oír sus respuestas, tienen que convenir todos en que aquella sabiduría no puede ser mas que inspirada por Dios. La nueva de aquel prodigio se estiende rápida por todo el pais y salva las fronteras. Despues del reinado mas desastroso que ha tenido la Francia, parece que hay motivos de esperar algun tiempo de reparacion. Así lo cree al menos el pueblo y todo se vuelve contento y alegría en los pechos abiertos poco ha tan solo á la desesperacion. Juana no se atribuye ningun poder milagroso; pero no duda jamás de su mision:—Mi encargo, decia ella es un ministerio.—Altamente convencida del porvenir de su pais, decia simplemente:—Debo salvar la Francia.—Despues de Dios todos los pensamientos eran para su nacion:—Hacer la guerra al santo reino de Francia, añadia algunas veces, es hacerla guerra á Jesus.—Y en efecto, la vida del cristianismo, entonces como simbolizada en la Francia, y aquellas palabras parecian anunciar una época cercana de pruebas en que el principio religioso, habia de defender palmo á palmo el territorio francés contra los intentos de los hugonotes.

Lo que en un principio habia sido prevencion injusta, se convirtió luego en admiracion y entusiasmo. La reina y las principales damas de la corte permanecieron suspendidas ante aquella jóven de diez y seis años que prometia salvar la Francia, y por todas partes cundia la misma veneracion y respeto hacia la que llamaban *la hija de Dios*. El desaliento pasó entonces del campo francés al de Enrique, y los ingleses se sobrecojieron de terror ante aquella muestra visible de las voluntades de la Providencia.

En tanto que se hacian los preparativos para la expedicion á Orleans, que Juana misma habia de dirigir, se la dió una casa y una servidumbre, compuesta de un escudero, dos pages, dos heraldos de armas y un capellan. Cuando salia iba siempre acompañada de su hermano, y montaba un bravo caballo negro. Un page iba delante de ella llevando un estandarte sembrado de flores de lis y en que habia un crucifijo con las palabras *Jesus, Maria*. Su armadura era toda blanca y llevaba en la mano una ligera hacha de armas. Su escolta se componia de doce caballos.

Con la idea de que el cielo le habia dado poco tiempo para llevar á cabo su obra, precipitó su marcha para Orleans. Llevaba un pequeño ejército que debia entrar un convoy en la plaza sitiada y acompañábanla el almirante Coulan, el mariscal de Mousal y otros principales señores. Lo primero que hizo Juana fué introducir algun orden y alguna devocion en aquella banda de soldados de instintos brutales y licenciosos. Luego partió, llevando consigo todas las esperanzas y todas las bendiciones de la Francia. A su aproximacion abandonaron los ingleses espantados las fortificaciones de la parte del Mediodia, y dejaron pasar el convoy; entonces ella despidió sus soldados y entró sola en la ciudad.

El entusiasmo que produjo su presencia en aquella poblacion creyente y llena de fe en Dios, fué inesplicable. Las gentes besaban sus pies, se postraban á adorarla al paso, y se confortaban y enardecian para la resistencia, con cada una de sus miradas. Aplacada el hambre con las provisiones del convoy que se habia logrado introducir, ya no pensaban todos mas que la hora de vencer al lado de Juana. La posicion de los sitiados era todavia la misma,

los mismos soldados seguian acampados al rededor de la plaza, ocupando las mismas fortificaciones, y sin embargo ya nadie pensaba en sucumbir. A la postracion anterior habia seguido un vértigo de entusiasmo, esperándose ya con ansia el momento de salir á combatir al enemigo hasta en sus mismos baluartes y trincheras. Juana lo hizo así: dejando el mando de la plaza á cargo de los mismos gefes que hasta entonces la habian defendido con tanto heroismo, no se reservó mas que el consejo, y la gloria de ser la primera en arrojarle entre el hierro de los contrarios. Dos veces salió herida en los encuentros que tuvo con los sitiadores, sin que esto hiciese mas que enardecer su entusiasmo. Siempre la primera en el ataque, siempre la última en la retirada, Juana, sin embargo, se reservaba mas bien el lauro de dar el ejemplo en lanzarse al enemigo que el de derramar la sangre de sus contrarios. Rara era la vez que como pudiera evitar el golpe descargarse su hacha ó su espada, con animos de herir, porque conocia muy bien que no debia ser el brazo, sino el espíritu de aquel heroico movimiento.

Al tercer dia los ingleses sin osar ya resistir aquellas importunas salidas de los sitiados, y reducidos apenas á cuatro mil hombres por los repetidos ataques que habian tenido que sostener en los dos dias anteriores, se vieron obligados á levantar el sitio y á huir delante de aquel rayo del cielo, sin atreverse á mayor resistencia. La precipitacion con que abandonaron la plaza fué tal, que se dejaron en el campo cañones y pertrechos de guerra y cuantas provisiones tenian amontonadas.

Aquel prodigioso resultado obtenido por la sola presencia de una muger llenó de asombro y admiracion á toda la Francia. Visiblemente por la mano de Juana heria á los ingleses la mano de Dios. Ya no habia duda ninguna sobre la mision de aquella muger prodigiosa: en tres dias habia alcanzado ella lo que todos los esfuerzos de los parciales de Carlos no habian logrado en siete meses que duró el sitio de Orleans. Aun cuando se diese mucho al prestigio de que iba rodeado el nombre de Juana, lo cierto era que esto no habia obstado para que el hierro enemigo llegase á herirle como á cualquiera otro: si al verla le habian abandonado las fortificaciones para que penetrase en la plaza, no habia sido así en los tres dias en que con la mayor osadia habian intentado rechazar las salidas de los sitiados. Algo habia, pues, ademas de su nombre en aquel brazo que era el primero en blandir su hacha allí donde era mas enconada la pelea, y donde se veia mayor el peligro.

Juana se dirigió á Tours apenas fué libertada la plaza. Al presentarse ante el rey díjole la necesidad en que estaba de llevarle á Reims para que allí se verificase su consagracion. Todos vieron desde luego la dificultad que habia en un viage de 80 leguas que tenia que hacerse por un pais ocupado por las guarniciones inglesas, pero esto no arredró á Juana. Lo que todo el mundo veia como de una dificultad inmensa lo hallaba ella llano y sin el menor tropiezo. Yo no duraré mas que un año, decia ella á Carlos cuando se hablaba de prorogar la consagracion, es preciso que lo emplee bien. Dispuesto todo, se reunen sobre la marcha cuatro mil hombres, con los cuales se emprende una expedicion temeraria bajo la sola fe de una pobre muchacha. La primera plaza que habia que tomar para poder pasar adelante era Jargean: Juana fué la primera en subir sobre la muralla plantando en ella el estandarte de Carlos. Herida de nuevo en aquella fiera tentativa sigue Juana su camino con la misma imperturbabilidad que siempre. Blogences se rindió. Lord Talbot reúne entonces las guarniciones inglesas y se pone en retirada para París con cinco ó seis mil hombres. Juana hace decidir que se marche sobre él para presentarle batalla. Esta era una resolucion aventurada, pero á la voz de Juana van todos en persecucion del enemigo, y alcanzándole en Potay se lanzan sobre él con furor. Los ingleses quedan

completamente derrotados dejando en el campo cerca de tres mil hombres muertos. El mismo general quedó prisionero. Aquel acontecimiento se mira como un milagro: las poblaciones se sublevaron contra los ingleses y de todas partes acudían al ejército de Carlos bandos de campesinos que venían a lidiar y morir por la verdadera causa.

De triunfo en triunfo llegó el ejército real delante de Troyes. Aquella plaza mas que ninguna se presentaba pronta a la defensa. Careciendo las tropas francesas de artillería se creyó imposible poder tomarla, pero Juana que no se arredra por nada dispuso el asalto para el mismo día. Entonces los habitantes de Troyes se rebelan contra la guarnición, y abren las puertas a Juana. De allí pasó el ejército a Reims: los habitantes de esta plaza echan también a la guarnición borgoñona, recibiendo en triunfo al que miraban ya como protegido de Dios.

Al día siguiente se verificó la consagración de Carlos. Su ceremonia fué espléndida y solemne, y Juana asistió a ella colocada al lado del altar y con su estandarte en la mano. Concluido el acto Juana abrazó las rodillas del rey diciendo:—Ya he cumplido lo que Dios me había mandado: he salvado a Orleans y he hecho consagrar al rey: ahora no deseo mas que volverme a vivir de nuevo al lado de mi padre y de mi madre y a guardar mi ganado.—El rey y todos sus capitanes, sin embargo, se opusieron a su partida: conocían demasiado el prestigio y eco de su nombre para quitar a su causa aquel motivo de amor y confianza popular.

Juana condescendió quedándose, pero, con la misma intrepidez, con el mismo arrojo que hasta allí, faltóle ya en adelante aquella fe ciega en su destino, aquella confianza en su predestinación, que era lo que constituía su fuerza. Nada con efecto, mas milagroso que el desaliento y la tibieza que se notó desde entonces en aquel carácter que se sublimaba y rehacía mayor con las contrariedades. Desde aquel momento ella mas que la conciencia de su superioridad, llevaba en sí la seguridad de su caída. Hasta allí había vivido con una vida sobrenatural, recibida lo alto; desde aquel día en adelante vino a ser frágil mortal como otro cualquiera y espuesta a las mismas desgracias que el común de las gentes. Nosotros, sin embargo, creemos necesario su porvenir para explicar su pasado: cuando se ha vivido tanto para la creencia y el entusiasmo popular, no morir como murió Juana es condenar una reputación inmortal a aparecer con las debilidades de la tierra. Seres que nacen para ejemplo y para admiración de las edades, deben sellar con su sangre la alianza que aparece haber contraído con la inmortalidad. De otro modo es querer que la debilidad de los años venga a desmentir la virilidad del espíritu, hacer que las pasiones é ídolos del día postren por tierra la reputación y la gloria del ídolo de ayer. Así, pues, Juana debía condenarse a la muerte que le esperaba para confirmar mas y mas el carácter de divinidad que había tenido su aparición sobre la tierra.

IV.

Los acontecimientos seguían prósperos para Carlos. En todas partes, aquella iniciación de la Providencia, había revelado al pueblo la santidad de su causa. Las ciudades se armaban contra sus opresores, y los hombres fuera de sus casas y donde no podían triunfar, enseñaban el camino que debían seguir los que no quieren ver esclava la patria. Melun y Louviers habían logrado echar de su seno a los ingleses. Estos, sin embargo, habían reconcentrado sobre aquellas poblaciones grandes masas de soldados, y las sitiaban, no dejándoles apenas el menor resto de esperanza. Carlos en tanto sumido en el ocio

y los placeres, dejaba al pueblo que derramase su sangre en defensa de su trono y de su reino, sin pensar en darle la menor ayuda. Solo Juana que tenía desgarrado el corazón por las desgracias de la Francia, se acordaba de las ciudades que tanto hacían por salvar su independencia y su nombre. Así, pues, armó un ejército y pasó el Loira para ir en auxilio de Melun y de Louviers. Ningun príncipe la acompañaba, ningun señor iba a su lado para compartir sus afanes y sus fatigas; ella sola tenía que hacerse todo, auxiliada no mas por la devoción y el entusiasmo que en todas partes escitaba su presencia y su nombre. En tanto que caminaba a esta expedición, sabe que Compiègne, la principal plaza de armas de los franceses, está en el mayor peligro: el duque de Borgoña se había presentado delante de ella, poniéndola apretado cerco; Juana se dirige sin demora hacia aquel punto, y logra entrar en la plaza sitiada. Al verla allí, como en todas partes, se reanima el entusiasmo, y todos quieren morir al lado de aquel ángel salvador. Pero pronto aquella estrella iba a eclipsarse; el mismo día de su llegada a Compiègne pónese Juana al frente de algunas tropas y sale a atacar al enemigo en sus posiciones. Su gente era tan corta, que logra pronto el enemigo envolverla entre sus batallones. Juana sin embargo, los exhorta, y lidian todos como valientes; pero después de los mas desesperados esfuerzos, los de la plaza tienen que tomar la retirada, y entonces ella que ha sido la primera en el ataque, es también la última que se queda combatiendo para detener al enemigo, en tanto que sus soldados pasan el puente y se salvan. Cuando luego Juana quiere retirarse, era ya tarde: los mismos de la plaza han cerrado las barreras y queda ella entregada inhumanamente en poder del enemigo.

Nada tan glorioso para los ingleses como la prisión de aquella joven inspirada y santa, que así había hecho volver la victoria favorable a las armas de Carlos, pero nada tampoco que espaciese mas luto y dolor en la Francia, que aquel infausto acontecimiento. Al ver el modo particular con que había sido cogida la desgraciada Juana, corrieron vagos rumores de no se sabe qué conspiración armada por algunos cortesanos para entregar a la joven heroína. Hasta había muchos que lo creían obra del miserable Carlos, que había tratado de deshacerse por este medio de una reputación que hacía sombra a su poder. Esta suposición fué acreditada mas tarde por la indiferencia con que aquel inepto príncipe miró luego la suerte por que se hizo pasar a aquella mujer que había salvado su trono y la Francia.

Como Juana había sido cogida en la diócesis del obispo de Beaumont, reclamó al instante su persona este ferroz prelado. Acérrimo partidario de los ingleses, quería hacer pagar a aquella santa criatura todos los desastres que por su causa habían sufrido sus amigos en aquel último espacio de tiempo.

El señor de Luxemburgo, cuyos soldados habían sido los que la habían hecho prisionera, conociendo el precio que todos daban a la heroína, quiso hacérsela pagar a un precio subido. El también quería vengarse de Juana, pero la ambición de dinero podía en él mas que toda otra consideración. Así, pues, la joven Juana estuvo seis meses llevada de prisión en prisión, reclamada unas veces por el obispo, otras por la inquisición, otras, en fin, por los ingleses, que por sí solos querían darle el pago. Por fin se arregló todo dando estos últimos diez mil francos al señor de Luxemburgo, y entregándola luego él a merced del obispo de Beaumont. Entonces se la llevó a Rouen, y allí se la encerró en una caja de hierro donde se la hizo sufrir los mayores tormentos, y donde se atentó hasta a su pudor.

¿Qué se hacía en tanto que gemía aquella mujer, aquella virgen, aquella criatura sobrehumana? ¿Qué se hacía, decimos, la nobleza, el clero y el rey, y todo lo que en Fran-

cia debía tener algun pudor, alguna dignidad y alguna vergüenza? Caballeros, no era hora de salir en defensa de la hermosura y la inocencia ultrajada: cristianos, no hacían nada por salvar a aquella mujer que había triunfado en nombre de Dios: leales y agradecidos, no tenían un recuerdo para aquella criatura que todo lo había sacrificado por ellos. ¡Oh! colmo de ignominia y de vergüenza como el que ofrecía aquella corte, en que no había un solo pensamiento para Juana, que tantos títulos tenía a la admiración y al amor de todos, no era fácil encontrarlo en otra parte que en una nación que había necesitado de la ayuda visible de Dios, para salvar su independencia. Solo viendo la mengua con que había sufrido los reveses que la causaban los extranjeros, dispuesta ya a transigir con el enemigo por no saber morir, puede explicarnos la indiferencia con que fueron miradas las persecuciones de Juana, por toda aquella califa de nobles y señores que seguían las banderas de Carlos desde que la joven heroína las había reconciliado con la victoria. Pero pasemos adelante y veamos las persecuciones del justo, en tanto que echamos un velo sobre la vergüenza del malo.

Preso como hemos dicho ya, Juana, Enrique no descansó hasta no darla un egemplar castigo. En efecto, el 12 de enero de 1431, comenzó el proceso delante del obispo de Beaurnais y de Juan Magistri, vicario del inquisidor de Francia, asistidos de mas de cincuenta doctores y consejeros. No hay que decir que el tal proceso fué un modelo de iniquidad, y que se emplearon las mayores infamias para envolver a la inocente criatura en una maliciosa red. Díosela al efecto por confesor un es-

pcion por sus revelaciones. Se la hicieron sufrir diez y seis interrogatorios tortuosos, sutiles, en que se la enlaperintaba en las mas árduas cuestiones, poniéndola argumentos oscuros y metafísicos, que ni aun los mismos teólogos que se los proponían los sabían resolver. Y aun con esto se trabucaban sus respuestas y se las interpretaban, y dejaban de ponerse muchas en el proceso cuando no hallaban argumento ninguno con que violentar su espíritu y letra. En medio de todo esto, Juana fué siempre admirable por su piedad, su razón y su modestia: no se pudo sorprenderla un solo error sobre la fe a aquella pobre aldeana que no sabía mas que orar; no se logró cogerla en una contradicción, ni hacerla revelar lo mas mínimo respecto a los secretos de que había sido poseedora. Sus respuestas eran siempre sensatas, sencillas, sublimes y algunas veces mordaces é incisivas: otras se estremecían involuntariamente sus jueces cuandoles decía:—Pensad bien en que queréis ser mis jueces, porque tomáis sobre vosotros una carga demasiado pesada.—Se la hizo jurar que diría cuanto sabía, esperando arrancarla algo que pudiese dar luz para la conducta que pudiese seguirse con Carlos, pero ella contestaba:—Os diré todo lo que atañe a mi proceso; pero hay cosas que nunca os podré decir.—Y cuando se persistía en preguntarla, añadía:—Pasad a otra cosa, eso no es el proceso: si queréis saber lo que me preguntáis id al rey, que él os lo dirá.—Al ver que no se la daba defensor, y que se trataba únicamente de condenarla inhumanamente, apeló al papa; pero el obispo prohibió que se atendiese a la demanda de Juana, imponiendo al escribano, de parte del diablo, que no tomase acta de sus palabras. Preguntósele en otra ocasión:—Si sabía si estaba en gracia de Dios.—Es muy di-



SÚPLICIO DE JUANA DE AÉCO.

ficil responderos contestó ella.—Si, interrumpió uno de los doctores, esa es una cosa a que la acusada no tiene obligación de contestar.—Mas valia que os hubierais callado, replicó entonces el obispo, y repitió la misma pregunta. Entonces Juana no hizo mas que contestar:—Si no estoy en ella (la gracia), Dios quiera admitirme, y si

lo estoy, Dios quiera mantenerme.—Se la preguntó por qué llevaba un estandarte.—Llevaba un estandarte en vez de una lanza, para evitar de matar alguno: yo no he muerto jamás a nadie. Yo no hacía mas que decir: arrojaos animosos contra los ingleses; y luego me arrojaba yo la primera.—¿Fundabais acaso la ventaja del triunfo

en vuestro estandarte?—La fundaba en Dios y no en nada mas.—¿Por qué llevabais vuestro estandarte cuando la consagración de Carlos I?—Porque ya que había estado en el peligro, quería yo también que participase de la honra y del triunfo.

A pesar del encono que había por parte de los jueces, todavía estaba descontento de ellos Enrique. El quería que donde no había crímenes se inventasen, y que no se hiciese hablar a Juana mas que para suponerla en tratos con Satanás. ¿Qué importaba que para los jueces fuese pura é inocente si aquella reputación debía hacerse aparecer ante el pueblo consternado como impura y debida solo a las artes y buenos oficios de algun espíritu infernal? Además había algo de grande en hacer posible la muerte de Juana para los que creían que el cielo no podía abandonarla. Poseídos los ingleses por esta idea, amenazaron primero a los consejeros, de los cuales algunos tuvieron que ocultarse y huir, y luego fingieron un falso relato de las respuestas de la acusada, que fué enviado a la universidad. Esta, como era de esperar, las halló todas supersticiosas y falsas. Sin embargo, no pudo acusarsela de brujería, que era lo que se deseaba, y solo se le hicieron los cargos de que vestía trage de hombre, y persistía en no someterse al fallo de la iglesia, que declaraba sus visiones falsas é ilusorias.

No pudiendo cogerla de ningún modo, se recurrió a la última de las maldades. Se la leyó un escrito en el cual se comprometía ella a no vestir en adelante mas que trage de muger, así como también a reconocer la autoridad y fallo de la iglesia; pero al tiempo de darselo a firmar se substituyó con otro en que se declaraba herética, bruja y disoluta. Entonces se levantó el obispo y dijo:—Ya lo veis, ella misma confiesa sus crímenes.—Acto continuo, los dos jueces pronunciaron la sentencia que la condenaba a reclusión perpetua, y con pan de dolor y agua de amargura.—Pero al oír esto los ingleses, furiosos sacan las espadas y tratan de matar a los jueces.—Todo se arreglará, dice entonces el obispo. Lo que no se ha hecho hoy se hará mañana.

Con efecto, llevóse luego a Juana a la prision, y allí se la hizo tomar trage de muger; pero queriendo envolverla en un nuevo lazo, se la quitaron por la noche sus vestidos, y a la mañana siguiente no se halló mas que un trage de hombre que tuvo por fuerza que ponerse. Los soldados que espiaban todas sus acciones, la llevaron delante del obispo, y Juana a quien eran mas insufribles que nunca los tormentos y profanaciones que se la hacían pasar en la cárcel, rodeada de carceleros brutales, y que apuraban con ella todos los recursos de su maldad y su torpeza, declaró a Cauchon que no había entendido nada de la abjuración que se la había hecho hacer, y que prefería mil muertes a verse como se veía. Al oír esto el obispo, la declaró relapsa y herética, y la condenó al brazo seglar para ser quemada.—¡Ah! dijo ella al oír su sentencia, apelo a Dios de las crueldades que se han ejercido conmigo.

Al instante los soldados ingleses se echaron sobre ella

y la llevaron a la hoguera. Juana se confesó y comulgó, y pidió a todos que rogasen por ella: su dulzura, su calma, su piedad eran tales, que los mismos ingleses miraban aquello enternecidos y estupefactos: su mismo confesor atravesó la muchedumbre y vino a echarse a sus pies, y pedirle perdón de sus perditiones. Su muerte fué digna de su vida. Cuando se aplicó el fuego a los haces, declaró en alta voz que su misión venía de Dios. En medio de las llamas oíase la pronunciar el santo nombre de Jesus, y cuando inclinó la cabeza la santa, fué la última palabra que se escapó de sus labios. Sus cenizas fueron echadas al Sena.

Cuando se esparció la noticia de la muerte de Juana, fué general la consternación y el llanto. Por todas partes se preguntaban las gentes si era posible hubiese habido verdugos bastante inhumanos, para condenar a la vez en ella todo lo que podía haber de mas santo y mas glorioso sobre la tierra. Aquello en efecto, había sido de parte de los ingleses un acto de barbarie, que solo podía explicarse por medio del actual detrimento y mengua en que habían ido cayendo sus cosas. Derrotados, perseguidos do quier, veían que aquel movimiento y vida que habían cobrado pueblos y ciudades, era solo debido al entusiasmo que había sabido inspirarles la prueba y el ejemplo de Juana. ¿Cómo, pues, no odiar a aquella muger que había venido a arrebatarnos un triunfo que creían seguro!

Pero aquella venganza no produjo los frutos que los ingleses se prometían. Ellos esperaban amortiguar el espíritu publico, quitándole aquella muger que hasta entonces le había dado alimento y pabulo, sin conocer que las ideas no podían retroceder, y que la nacionalidad se había salvado desde el punto en que el pueblo se había iniciado en los secretos de su fuerza y porvenir, por medio de aquella revelación que le había acercado a Dios, y le había revelado su destino futuro. Con efecto, pocos años despues los ingleses tenían que abandonar el territorio francés, sin esperanza ninguna de poder en adelante estender su cetro sobre aquellas tierras, que por tanto tiempo habían estado acechando para la conquista desde las torres de los castillos de un feudalismo rebelde, que había pasado para nunca volver. Los poderes entonces debían reconcentrarse en el monarca, pero todavía un siglo mas tarde, el brazo de hierro de Luis II y de Richelieu, encontrarían demasiadas cabezas altaneras que seria preciso cortar para establecer una igualdad necesaria al libre ejercicio de la supremacia real. Con esto el pueblo lograba dar un paso inmenso, que si bien no correspondía a los heroicos esfuerzos que había hecho para salvar la nacionalidad, era sin embargo, lo bastante para alentarle cuatro siglos despues, a ensayar la misma lucha contra los reyes, que tan bien habían sabido llevar a cabo contra los señores. Entonces debería luchar por la libertad, como antes lo había hecho por la independencia, y así había de lograr salir de la esclavitud de tantos siglos, para elevarse por grados a toda la altura de sus destinos futuros.



GLORIAS DE ESPAÑA.



LA CONQUISTA DE PUERTO-RICO.

1.

Después que la isla de Puerto-Rico fué descubierta por el célebre Cristóbal Colón, y aun después de que su hermano don Diego fijó su residencia en la Isla Española, todavía la de Puerto-Rico permanecía sin haber sido visitada por los españoles. Atentos los ánimos de los conquistadores á la completa posesión de la isla de Cuba, de que con tanto acierto se apoderó el adelantado Diego Velázquez, no habían fijado su atención en el riquísimo territorio, llamado por excelencia Puerto-Rico, hasta que el animoso Ponce de León obtuvo en 1517 del gobernador de la Española, don Nicolás de Ovando, el permiso de conquistarlo.

Los habitantes de aquella afortunada isla ya tenían noticia de la llegada de los extranjeros al suelo americano, y asombrados con las extraordinarias relaciones que de aquellos hombres les hacían, ansiaban, aunque con cierto recelo, su llegada. Un día en que engalanados con chapas de oro y sargas de conchas y caracoles, y

adornados con sus mejores penachos de plumas, bailaban en corro asidos de las manos, mientras que otros cantaban con cadencioso compás, tuvieron que suspender de improviso su ejercicio y prorumpir en gritos de admiración á vista del extraordinario espectáculo que se les presentaba.

Una carabela en cuya empinada popa tremolaba el pabellón de España, balanceándose sobre las aguas y desplegando al aire sus blancas velas, venía con rapidez hacia la costa. A corta distancia de ella, pára de improviso, saltan á una chalupa varios hombres armados y desembarcan animosamente á vista de la numerosa y asombrada multitud. En el altivo continente, en el blanco y magestuoso rostro de aquellos hombres, y en su resplandeciente armadura, creen descubrir los indios á unos seres de origen celestial.

—¡No son unos hombres como nosotros! ¡Son unos dioses! esclaman.

Un confuso rumor se eleva entonces entre la multitud; el entusiasmo crece, y al fin los indios admirados corren á prosternarse delante de sus señores, en actitud de adoración.

¿Qué harán entonces aquellos heroicos españoles? Ellos que son los dueños de ambos mundos, que viven en la halagüeña persuasión de que no hay fuerza humana que pueda resistirles, y que tan acostumbrados están á jugar con los peligros mas formidables, ¿aceptarán aquel ho-

menage extraordinario que se les prodiga? ¿Tantos otros le han aceptado antes que ellos! También pertenecían a la raza humana aquellos imbéciles y crueles emperadores romanos, que se hacían llamar Dioses y Augustos: el mismo Alejandro a quien tanto lisongeaba el título de dios con que sus numerosos súbditos le aclamaban, no era tan digno de una corona inmortal como algunos de los inimitables conquistadores del Nuevo Mundo.

Pero estos hombres á quienes animaba un espíritu verdaderamente religioso; estos hombres tan ansiosos de gloria, rehusan entonces sin repugnancia y sin esfuerzo la mayor que puede tributarse á humana criatura y Juan Ponce de Leon por medio del intérprete, dice á los indios:

—Nosotros no somos dioses: no somos mas que unos hombres sujetos á las enfermedades y á la muerte como vosotros. Esa adoración que nos queréis tributar, solo es debida al supremo Dios criador de cielo y tierra, á ese ser de infinita perfección á quien nosotros adoramos, prosternándonos humildemente ante el emblema de su religión divina.

Al decir estas palabras, Juan Ponce de Leon se descubrió la cabeza y señaló hacia la cruz del cristianismo, que segun costumbre y despues de la toma de posesion, acababa de ser fijada por el misionero de la expedicion española. Los indios se admiraron grandemente de ver á unos hombres tan formidables, tan imponentes para ellos, prosternados ante aquel signo del Dios á quien reconocian; pero á pesar de todo, no disminuyó su admiración á vista de tan maravillosos extranjeros, ni el alto concepto de seres inmortales que de ellos habian formado. Desde luego se apresuraron á ofrecer á los españoles, cuanto creyeron podia serles agradable, y el cacique de aquella gente, llamado Aqueinoba, se apresuró á cambiar su nombre con el de el caudillo español, queriendo él llamarse tambien Juan Ponce, lo que era entre los indios la mas delicada prueba de amistad y eterna alianza.

II.

No fueron por desgracia muy duraderas las buenas relaciones entre los españoles y los indios. A los primeros transportes de sorpresa y de alegría, sucedió la indiferencia y luego la desconfianza. Esta llegó á su colmo en los indios, cuando advirtieron el consumo que los españoles hacían de las provisiones de la isla, y el ánsia con que arrebatában cuanto oro podían haber á las manos. La conducta imprudente de algunos conquistadores y el duro trato que dieron á los indios acabaron de exasperarlos, y ya no trataron mas que de sacudir un yugo que se les hacía insoportable, y declararse en abierta rebelión. Empresa era esta de inaudita temeridad, mientras durase en los indios la presunción de que los españoles eran inmortales, y por esto los caciques, antes de aventurarse, resolvieron disipar á toda costa el recelo de sus tropas y aclarar las dudas que sobre esto tenían. Pronto se les presentó una ocasión mas favorable de lo que podían esperar.

Receloso Ponce de Leon de algunas demostraciones hostiles que había sorprendido en los indios y temiendo los resultados de un imprevisto choque, había prohibido espresamente á los españoles, que se aventurasen solos en lo interior de la isla. Apesar de esta orden y contraviniendo espresamente á la disciplina, un manecito, llamado Hernando, precisamente el soldado mas joven de la expedición, se internó sin precaución y sin armas en las soledades de la isla, deseoso de reconocer un país incógnito en que tanto abundaban las bellezas naturales. Despues de haber cruzado bosques magníficos, despues de haber atravesado por peñascos, zarzales y malezas, advirtió que se hallaba perdido y enteramente solo en un

país que podia mirarse como enemigo. Quiso llegar á la cumbre de una montaña que se descubría á lo lejos; pero sumamente cansado, conoció le sería imposible llegar allá y siguió á la ventura por las quebradas de los peñascos y de la selva, hacia el parage por donde mas pronto creía salir á la costa. Al fin descubrió una choza india, una especie de casita apoyada en pilares y troncos de árboles y agradablemente sombreada por las anchurosas hojas de los árboles de los trópicos que todo alrededor crecían. Al presentarse el español en demanda de hospitalidad, salió á recibirle una muger y un muchacho: la india era alta, de moreno cutis y con el pelo tendido por la espalda; el muchacho que era hijo suyo, traía ya en la mano el arco que desde pequeños se acostumbraban los indios á manejar.

La primera sensación de la india á vista del extranjero, fué de marcado terror; pero al ver las señales pacíficas del español, se fué tranquilizando. Comprendió al instante lo que deseaba, se compadeció y le introdujo en su albergue, donde le ofreció frutos del país. Por desgracia el marido de aquella india no abrigaba los mismos sentimientos hospitalarios, antes por el contrario, había tomado parte en la conspiración contra los españoles, y cuando al volver á su choza se encontró con uno de ellos puesto á su disposición, resolvió satisfacer los deseos de sus compatriotas.

Al día siguiente salió aquel indio con otros criados suyos, acompañando al español para volverle á sus reales y prodigándole toda clase de obsequios. Era estremada la condescendencia que con él tenían, y cuando se llegaba á un mal paso, le tomaban sobre sus hombros para que no sufriese ninguna especie de molestia. Al llegar á un río se ofrecieron inmediatamente á pasarle en brazos á la otra orilla; pero al llegar al centro de la corriente y al sitio en que mas profundidad tenía, los indios bien instruidos por su amo de lo que habían de ejecutar, se dejaron caer traidoramente y dieron con el español en el fondo, donde le tuvieron por largo tiempo sujeto hasta que no dió señales de vida. Arrastráronle entonces exánime é inerte hacia la orilla y allí haciendo corro al rededor de él, le estuvieron contemplando, como si dudasen de que estuviese muerto y de la realidad que ante sus ojos tenían. Estaba en ellos tan arraigada la persuasión de que los españoles eran inmortales, que al menor movimiento que se les antojó descubrir en el cadáver, se pusieron todos de rodillas, pidiéndole perdón de haberle hecho beber tanta agua contra su voluntad; pero el desgraciado Hernando estaba bien muerto, y había pagado bien caras su insubordinación é indiscreta curiosidad.

III.

Seguros los caciques de su triunfo, así que vieron que podían morir los hombres blancos, congregaron inmediatamente á todos los indios para caer de improviso sobre los españoles. Estando en la proporción de mas de ciento contra uno, poco les importaban las terribles armas y los caballos que aquellos poseían, pues cuando menos habían de rendirse de fatiga. Aqueinoba para mas estimular á los suyos, reunió á los principales gefes y enseñándoles el cadáver del mal aventurado español, en el que se advertían evidentes señales de putrefacción, les dijo:

—Ahí teneis lo que son esos hombres á quienes creíamos inmortales é hijos del sol, esos hombres que no tienen mas Dios que el oro que con tanta abundancia han venido á sacar de nuestras tierras. En nuestra mano está ya exterminar hasta el último de ellos y evitar la destrucción de nuestro hermoso país.

Juraron inmediatamente los indios acabar con los españoles y partieron animosos al combate, consiguiendo al-

gunas ventajas, atacando por sorpresa á los destacamentos aislados; pero Juan Ponce de Leon concentró todas sus fuerzas hacia la costa con ánimo de mantenerse á la defensiva, pues no creía ni prudente, ni oportuno, romper abiertamente las hostilidades, hasta que viendo la isla levantada en masa y que todos los indios iban á venir sobre él, conoció le sería imposible esquivar una batalla campal.

Hubo, pues, que venir á las manos, resistiendo los españoles con denuedo á la innumerable multitud de indios que por todas partes les rodeaba, y atendiendo á escar-

mentar á los indios antes que á cebarse en ellos, hasta que un espectáculo imprevisto acabó con su prudencia y la cambió en furor y crueldad.

De entre las filas de los indios salió uno de hercúleas formas y horrible aspecto, el que llevaba engastada en un palo la cabeza lívida y desfigurada del desdichado Hernando. Agitaba sobre su cabeza aquel misero trofeo dando ahullidos espantosos y escitando extraordinariamente el ardor y temeraria osadía de los indios. Ostentaban estos con ufano regocijo el mas mínimo trofeo que podían arrebatarse á los españoles, siendo todavía mayor su con-



tento, cuando podían haber alguna cabeza humana, ó aunque fuera la de un caballo, la que levantaban en alto con estrepitosa algazara.

Engañáronse grandemente los indios en cuanto al efecto aterrador que la cabeza del infeliz Hernando esperaban produjese en los españoles. Así que estos reconocieron las facciones de su compañero á quien tan en vano habían buscado por todas partes, sellaron de furor é indignación, y ansiosos de vengar su muerte, hicieron en los indios horrible carnicería. Arrollaron prontamente á toda aquella desordenada muchedumbre que se retiró con celeridad á sus mas ocultas guaridas; aunque sin perder las esperanzas de renovar el combate. Mas cuando trataron de hacerlo, otra nueva sorpresa les hizo desistir de su propósito, abandonar la isla á los españoles y someterse voluntariamente á su dominio. Se hallaron con los españoles intactos y cabales, como la primera vez que habían desembarcado en la isla, y como si no hubieran sufrido pérdida alguna en los últimos encuentros.

Era que así que se supo en la Isla Española el levanta-

miento de Puerto-Rico, habían enviado á Ponce de Leon refuerzo suficiente para cubrir las bajas de su pequeña tropa, de modo que pudo presentar la batalla con todo el completo de su gente. Los indios que solo contaban los bultos, y que por la identidad del traje no distinguían las personas, ignorando además la llegada de nuevos extranjeros, se llegaron á figurar que los que entonces veían eran los mismos muertos en las pasadas refriegas que habían vuelto á resucitar para ocupar su puesto en las filas. Desde entonces y con gran provecho suyo, abandonaron para siempre toda idea de combate y de resistencia. ¿A qué obstinarse en matar á tanta costa á unos hombres que luego volvían á resucitar?

Juan Ponce de Leon, antes de ilustrarse con nuevas victorias y descubrimientos, dejó completamente asegurado el dominio español en la isla de Puerto-Rico, que con la de Cuba son hoy día las únicas posesiones de América que aun se conservan pertenecientes á la corona de España.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DEL ORIGEN

DE LAS FIESTAS DE TOROS Y DE SU HISTORIA.

La gala del Manzanares
Que tiene envidioso al Tajo,
Corrió valientes novillos
La víspera de un disanto



El toro fué tenido en todos tiempos por uno de los animales mas útiles al hombre, razon por la que fué venerado en muchos pueblos antiguos como á un dios, particularmente en Egipto, en que se denominó al toro sagrado *Apis*. D' Ancarville en el capitulo 3.^o, pág. 157 del tomo 1.^o de su obra sobre el Origen y progreso del arte griego, dice: Que el emblema del toro empleado antiguamente por los árabes, bajo el nombre de *Urotalpy* de *Adonæus*, y por los israelitas bajo el de *Adonai*, lo fué tambien de los persas bajo la denominacion de *Mithras* ó del Señor. Los griegos le dieron los nombres de *Dionysino* ó de *Bachus*, y los egipcios el de *Mnevis* y de *Apis*. Se ignora como le llamaron los cimbrios que del Asia le trasportaron al Norte de Alemania, y de allí á la Italia. Este emblema existe aun en el Japon, en la India y en la Tartaria, y se le halla en fin, en la China en el templo de *Ma-ka-la-tyen*, cuyo nombre significa el Palacio del Buey cornudo.

Los galos tuvieron á este animal, por el dios de las selvas, y en sus templos, un idolo de estaño ó de bronce que le representaba, era el objeto de sus adoraciones, siendo el juramento mas solemne el que se hacia por él. Dice Plutarco, que en tiempo del consulado de Mario, un ejército considerable compuesto de ambrones, tentones y cimbrios, despues de pasar el Adige para sitiár á Roma propusieron capitulacion á los romanos que habian defendido el fuerte, jurando por su Toro de bronce, observar las condiciones del tratado. Añade que despues de su derrota, el cónsul Cátulo hizo llevar á su casa este toro, como un glorioso despojo, y como el mas precioso monumento de su victoria. Asegura Gregorio de Tours, que adoraron al toro los galos, y afirma Leuvir en sus monumentos célticos, que en la tumba del rey Chilperico, que se refiere al siglo quinto de nuestra era, se halló una cabeza de toro en oro, imagen que llevaban los celtas en sus enseñas militares. Baudelot, dice, que el toro es tal vez una alegoría de la paz de que gozaban los pueblos bajo la dominacion romana.

Por esta razon y por que en él se esplicaban muchas cosas de utilidad y del culto gentílico que le colocó hasta en el cielo como una de las principales constelaciones, se le dedicaron multitud de versos, de medallas griegas, y romanas como puede ver el curioso en la voz Toro del diccionario numismático de Gussemé, siendo España uno de los pueblos que mas prodigaron este uso, como se advierte en las medallas de los municipios y colonias romanas en este pais, y de que habla el P. Flores en su obra

asi titulada, y en haber dado su nombre en Castilla á una célebre ciudad que aun le conserva (1). Algunos autores hacen las fiestas de toros de origen español, anterior á las venaciones romanas, á cuyo fin citan monumentos.

Con referencia á un monumento hallado en Clunia con caracteres celtibéricos defiende Erro en su obra sobre la lengua vascongada, que estas fiestas fueron anteriores á los romanos en España, pues siendo este monumento anterior á Julio César, que fué el primero, segun Plinio, (lib. 8, cap. 45.) que dió este espectáculo en Roma, no cabe duda de que los españoles tuvieron esta fiesta nacional, de la que tal vez son autores, antes que los romanos. Los toros de piedra que aun se ven en Salamanca, Avila y Segovia, sino acreditan ser obras anteriores á las romanas como quieren algunos autores, pertenecen por lo menos, muy al principio de la irrupcion de los romanos en este pais. Somorrostro defiende, que los toros de piedra que aun subsisten en Segovia, son anteriores á la dominacion romana, porque en sus formas manifiestan una remotísima antigüedad, lo que puede verse en las láminas de su obra sobre el *Acueducto y otras antigüedades de Segovia*, impresa en 1820.

Los romanos daban en su famoso anfiteatro, *venaciones*, que eran espectáculos de lucha de hombres con las fieras, ó de estas consigo mismas, segun afirma Suetonio, entre las que el toro era una de las principales. Los criminales sentenciados á ser echados á las fieras, cuya pena fué muy frecuente contra los primitivos cristianos, que tan bien describe Chateaubriand en su precioso poema de los Mártires, eran los destinados á dar con su horrosa muerte la diversion al pueblo. Tambien habia otros hombres que se alquilaban infamemente para estas luchas, á los que se les denominaba *bestiarios*. Los alquilones peleaban regularmente con toros, y este es indudablemente el origen del toreo, que reducido hoy á reglase llama *Tauromaquia*, mal aplicado á nuestra diversion, porque esta palabra, como prueba el anticuario Calderon, denota de dos ó mas toros entre si y no de toros con hombres.

Dice Suetonio en la vida del emperador Claudio, que en las fiestas del circo romano, despues de cinco corridas de carros ó de caballos, se interpolaba una venacion y que concluida, volvian á continuar las carreras. Valerio Marcial, español, natural de Bilbilis, dice en su Anfiteatro, que las fieras que se sacaban al circo eran de todas especies, á saber: leones, osos, tigres, rinocerontes, elefantes, jabalies y toros, y que la lucha se hacia peleando unas veces las fieras entre si, y otras, fieras con hombres. Los muchos circos romanos que se ven en España, hacen ver que en este pais introdujeron los romanos los juegos circenses, que se acomodaron tanto á nuestro belicoso carácter, que aun subsisten. La ley 57, tit. 3, part. 1.^a, previene que los eclesiásticos no vayan á ver lidiar los toros; y el papa San Pio V en 1567, prohibió estas fiestas en toda la cristiandad, privando de sepultura eclesiástica á los que muriesen lidiándolos; pero á pesar de esto, apenas hay festividad de santo que no se solemnice con toros ó novillos. El que quiera ver lo que se ha dicho contra

(1) Rosal en el manuscrito de la Biblioteca Nacional, titulado *Origen de las voces castellanas*, dice que Tono fué llamada asi, de resultas de haberse hallado en aquel sitio una figura de toro en piedra.

estas fiestas, puede consultar el lib. 1.º, cap. 7 de Canonic. de don Juan Gutierrez.

La costumbre de pelear los hombres con las fieras, la tomaron los romanos de los griegos, lo que prueba Alejandro de Alejandro; pero el primero, que segun el mismo escritor, los lidió en prueba de su valor, en plaza cerrada, ó sea en el circo, fué el invicto *Julio César*, emperador romano, que los mató á caballo, con lanza, de suerte, que se le puede tener por el primer picador.

Dice Suetonio (cap. 21.), en la vida del emperador Claudio, que este príncipe hizo ejecutar corridas de toros, despues de los juegos del circo, en las que, unos ginetes de *Thesalia*, montaban en ellos, y despues de correr de este modo, haciendo varias suertes, los mataban, dándoles una puñalada en la nuca (1).

Seguíronse dando estos espectáculos en el circo y anfiteatro romano, generalmente con los hombres condenados á muerte, hasta que el piadoso emperador *Theodosio*, los abolió, siendo de notar, que en su decreto, segun el poeta *Prudencio*, prohibió espresamente, el combate con los toros, de cualquiera forma que fuese.

Sin embargo de cuanto llevamos dicho como pruebas incontestables, si hemos de dar fé á los escritores contemporáneos, del origen de esta diversion, no consta se generalizase en las provincias de Roma, sino en la española que tomara las costumbres del mismo César, cuando vino á estas regiones, á pelear y á vencer á los hijos de Pompeyo, y en la de Africa que tambien pudo tomarla de él, cuando hizo la guerra en aquel pais, venciendo á *Juba*, rey de la Mauritania.

La *venacion*, debió de ser el espectáculo, que de los romanos se conformó mas al genio de los españoles, como puede colegirse de los muchos restos de circos y anfiteatros, que aun se conservan, particularmente en Toledo, Mérida, Sagunto y otros puntos. Como en esta region se carece de bestias feroces, y el traerlas de otras siempre habrá costado como hoy grandes dificultades, es razonable creer, que solo los toros, y cuando mas los osos, fuesen las fieras que se lidiaban, en los espresados anfiteatros. Las que á su grande abundancia, reunen la ferocidad y ligereza, peculiares de las que cria la Bética, y las muñozas de la Mancha y de Navarra.

La opinion de Cepeda, García Parra, el célebre Moratin y otros, á los que se refieren por sus tauromaquias, el célebre José Delgado, (alias Billo,) y nuestro apreciable lidiador, Francisco Montes, es de que el toreo fué de invencion morisca, y que ellos la introdujeron en España al tiempo de su conquista; pero sin que tratemos de contrariar su opinion, defendemos lo que dejamos indicado, máxime cuando dicho está, que pudieron tomar los africanos, de los romanos esta costumbre, con motivo de la estancia de estos en la region de aquellos. Lo que si concedemos á aquellos escritores, que se generalizó la corrida de toros en España, entre los musulmanes, de quien la tomaron los cristianos, que la usaron al propio tiempo que los torneos y las cañas, dedicándose á esta diversion la nobleza, cuando decayeron aquellas por las anatemas de la corte de Roma. El mismo Cid como si quisiera imitar hasta en esto á Julio César, cuenta la crónica, que lanceó toros desde el caballo, en ocasiones de caza y diversion, y Cepeda en la *Resunta* historias de España, las cita en 1110, como espectáculo peculiar de esta nacion. Con motivo del matrimonio de *Alfonso VII*, con *doña Berenguela* la Chica, hija del conde de Barcelona, se celebraron toros en Saldaña en 1124, y lo mismo se efectuó en Leon, cuando *Alfonso VIII* casó á su hija *doña Urraca* con el rey don García de Navarra.

El reinado de don Juan el II, fué en el que esta diver-

sion brilló con mas magnificencia, pues introduciéndose en ella, como dice un escritor de la época, el espíritu caballeresco, la galanteria exigía de un amante, acreditase su valor á la vista de su dama, en lo que el mismo soberano tomó parte muchas veces, particularmente en 1418 en que casó dicho rey con *doña Maria* ó *Marta* de Aragon (1).

Los aplausos que arrancaban en la plaza de Bibarrambla lanceando los toros de Ronda los valientes moros granadinos, Malique Alabez, Muza y Gazul resonaron por toda la Iberia, y emulada la nobleza castellana, aumentó su pasion á estos espectáculos que cada día fueron mas arriesgados y frecuentes, llegando á su apogeo en el reinado de Enrique IV.

Los poetas del siglo XV y XVI dedicaron algunos versos á esta diversion, en los que se describen con elegancia y minuciosidad, como puede notarse en el trozo siguiente del Romancero general.

El moro toma un rejon,
Y el diestro brazo levanta,
Furioso acomete y pica;
Uno encuentra y otro pasa.
Del toro el aliento frio
El rostro al caballo espanta,
Y la espuma del caballo
Al toro ofende la cara.

La época fija de cuando tomó esta diversion el carácter de espectáculo publico, no puede fijarse del todo; pero de las ordenanzas del fuero de *Zamora* se colige que en los últimos años del siglo XIII, habia ya plaza al efecto, y tambien consta de las leyes de partida en el tit. 15 de la 1.ª parte etc. y en la crónica de don Pedro Niño, parte 1.ª, cap. 7, se hace mencion de fiestas de toros en Sevilla en la entrada de Enrique IV en plaza circular.

Horrorizada la *Reina Católica* á la vista de una de estas funciones, como con referencia á las celebradas en 1493 cita Gonzalo Fernandez de Oviedo, trató de suspenderlas; pero los nobles apasionados á torear, supieron manejarse, y la conservaron perfeccionándose aun mas bajo el imperio de Carlos V, que las protegió estraordinariamente lidiando él mismo, á fuer de picador afamado que mataba los toros de una lanzada, como lo ejecutó en la plaza de Valladolid en las fiestas por el nacimiento de Felipe II, cuyo príncipe á pesar de su genio tétrico y religioso fué tambien muy aficionado á los toros.

Felipe III, tambien protegió las fiestas de toros; pero nunca adquirieron tanta solemnidad como bajo el reinado del lidiador Felipe IV, en las suntuosas y frecuentes fiestas del Retiro, en cuyo tiempo el toreo se redujo á reglas que escribieron caballeros de gran nombradía, entre ellos, Bonifaz, Trejo, Torres, Novelli y Baragana. Seguíóse con éxito la costumbre á pesar de lo melancólico del carácter de Carlos II, por nuestros caballeros; pero entrando á reinar la casa de Borbon, el animoso Felipe V, manifestó aversion á estas fiestas, y desde entonces las abandonó la nobleza á la plebe, que como dicen con razon los últimos escritores de Tauromaquia, fueron los que las perfeccionaron disminuyendo, con el arte, las desgracias que ocurrían en las lides de los caballeros. En

(1) En este reinado se construyó la primera plaza de Madrid, frente á la actual casa de Medinaelli, la que despues pasó á la plazuela de Anton Martin y de allí al sitio que hoy ocupa. En el soto de Luzon hubo tambien otra plaza. La actual plaza se edificó, de orden del rey para el Hospital general, extramuros de la puerta de Alcalá, donde se halla, el año 1749, y la cual se ha ido reformando hasta ser enteramente de piedra toda la galería del circo, que consta de 1,100 pies en su circunferencia, habiendo en ella todas las oficinas necesarias con mucho alabastro. Caben en esta plaza doce mil espectadores repartidos en 110 palcos, otras tantas gradas cubiertas, y en los tendidos ó gradas que forman el circo.

(1) El mismo Calderon en su gabinete de antigüedades, dice, que esta suerte, con el título de la del indio, se ejecutaba en la plaza de Madrid aun á principios de este siglo.

el espresado reinado de la casa de Borbon, han sufrido mil averías. Carlos III, las prohibió, y sus sucesores las volvieron á reponer, llegando en el último reinado hasta el punto de crear en Sevilla, una escuela formal de Tauromaquia. En la actualidad el arte del incomparable lidiador Francisco Montes, á quien todos imitan, y el del famoso Chiclanero, han regularizado de tal modo esta diversion, que son muy raras las desgracias, las mas veces consecuencias de un descuido ó de una imprudente con-

fianza, razon por que no aparece tan barbara como antes, una diversion propia solo del valor, arrojo y serenidad de los españoles.

Hoy se habla y describe las corridas tecnológicamente, con su lenguaje peculiar, y se escriben docenas de historias de toros y corridas, siendo cada una de ellas descrita elegantemente en los periódicos, por escritores y poetas dedicados á este género.

B. S. CASTELLANOS.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



HERNAN CORTÉS. (P)

HERNAN CORTÉS.

Diélenos sobremañera tener que reducirnos á los estrechos límites de este artículo para bosquejar los brillantes hechos con que ha ennoblecido nuestra historia el valiente y denodado guerrero de quien vamos á ocuparnos.

(1) Copia de un cuadro del archivo de Indias de Sevilla.

Fernando ó Hernán Cortés, despues marqués del Valle, nació el año de 1484, segun el historiador Solís, en Medellín (Estremadura), y fueron sus padres Martin Cortés de Monroy y doña Catalina Pizarro Altamirano, familia noble, aunque no muy sobrada de bienes de fortuna. Destinado por los suyos á la carrera de las letras en su primera edad, cursó dos años en Salamanca, cuyo tiempo le bastó para conocer que su inclinacion le llamaba por otra senda mas agitada que la de los estudios. Cumplíéronse sus deseos, enviándole sus padres á la guerra de Italia, donde se hallaba á la sazón el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba; pero una enfermedad que le sobrevino

al embarcarse le precisó á variar de intento aunque no de profesion. Decidióse entonces á pasar á las Indias, cuya conquista que aun duraba, ofrecia un porvenir de gloria mas bien que de mezquina codicia para el fogoso corazon del jóven Cortés. Embarcóse para Santo Domingo el año de 1504, provisto de cartas de recomendacion para su deudo el gobernador de esta isla, que lo era en aquella época don Nicolás Ovando, comendador mayor de la órden de Alcántara; siendo tan bien recibido de éste, que al instante le confió importantes destinos, prometiéndole además cuidar de sus adelantos con particular atencion. Pero como su ociosidad en aquella isla ya pacífica, no se aviniese con sus ardientes miras, solicitó pasar á la de Cuba donde á la sazón ardía la guerra, y habiéndolo conseguido fué acompañando á Diego Velazquez, en su expedicion á aquella isla, en donde acreditó en muchas ocasiones su valor y no escaso entendimiento. Allí casó con doña Catalina Suarez Pacheco, siendo su padrino el mismo Velazquez que se declaró su protector, dándole muy luego repartimiento de indios y la vara de alcalde de la ciudad de Santiago; no contento con esto le eligió para la conquista de Méjico, recién descubierto por Grijalva, á pesar de lo mucho que trabajaron sus émulo por desacreditarle; siendo del número de estos los mismos parientes de Velazquez, envidiosos de que no se les hubiera confiado á ellos la empresa. Vencidos todos los obstáculos, salió Cortés del puerto de Santiago de Cuba con diez naves, unos trescientos hombres, un reducido número de caballos y algunas piezas de artilleria, el día 18 de noviembre de 1518, dirigiéndose á la villa de Trinidad donde aumentó su pequeño ejército con varias personas principales de aquella poblacion. Con esto, y otros cien hombres que se le unieron, reforzó su armada, al mismo tiempo que ayudado por sus compañeros, compró armas, municiones y caballos, prestándose todos á estos sacrificios con la mejor voluntad, merced al afecto que supo inspirarles aquel valiente caudillo.

Muy ignorante se hallaba este de lo que contra él se tramaba en Santiago, de donde apenas hubo salido cuando se desencadenaron las pasiones de sus contrarios, de tal modo, que consiguieron que Velazquez se arrepintiese de haber confiado á Cortés el gobierno de la armada, decidiéndole á que le despojara de él. Luego que Cortés recibió esta noticia, se la comunicó á los suyos, quienes estando todos de su parte, resolvieron defenderle á todo trance, y seguirle á donde les condujese; entonces desconcertando los planes de Velazquez, Cortés se hizo á la vela con su pequeña escuadra para la Habana, á cuyo puerto llegó despues de una ligera tempestad, y burlando de nuevo á los emisarios de Velazquez que tenian órden de prenderle, partió para la isla de Cozumel el 10 de febrero de 1519. Nada era bastante ya á contener el ardor y la decision de Cortés; que á no haber sido así, un capricho de Velazquez le hubiera arrebatado la ocasion de fundar su gloria y adquirir los brillantes laureles que tan bien supo conquistar en aquellas apartadas regiones.

El arrojo y la temeridad de Cortés rayaban en lo maravilloso; despues de tomar la ciudad de Tabasco, derrotó completamente con su pequeño ejército á 40,000 indios que le atacaron en las cercanías de aquella poblacion.

No eran menos sus rasgos de clemencia que sus hechos de armas; lo cual llegó á grangearle no solo el afecto de aquellos que disfrutaban de su generosidad, sino de otros muchos que sin este motivo abrazaron el partido del invicto conquistador.

Con un tino extraordinario y refinada política supo contener y ahogar los gérmenes de la sedicion que sembraban entre sus soldados algunos malcontentos, instigados á no dudarlo por los agentes secretos de Velazquez, quien mas que nunca deseaba la ruina de Cortés.

Una de estas insurrecciones fué la que inspiró á aquel grande hombre la heroica accion de que tan pocos ejemplos se hallan en todo el campo de las historias. Despues de fundar á la Vera-Cruz trató de mandar emisarios al rey de España para darle cuenta de su persona y poner en su noticia todo cuanto hasta entonces llevaba obrado. Mientras se hacian los preparativos de este viage, se inquietaron algunos soldados y trataron de escaparse para dar aviso á Velazquez de los despachos y riquezas que se remitian al rey en nombre de Cortés, para lo cual debian adelantarse á los emisarios de este á fin de que Velazquez pudiera apoderarse de ellos saliéndoles al encuentro. Cortés descubrió la trama é impuso á los autores el castigo á que se habian hecho acreedores por su deslealtad; pero siempre receloso de que pudieran repetirse hechos semejantes, se resolvió á deshacer completamente la armada, é incendió to los buques para quitar á sus soldados toda esperanza de retroceder y quedarse con ellos á vencer ó morir. ¡Digna resolucion del héroe que á fuerza de constancia, resignacion y trabajos, supo dar cima á una conquista tan arriesgada! A imitacion de Agatocles, Timarco y Q. Fabio Maximo no titubeó un instante en entregar á las llamas las únicas tablas de salvacion que podian servirle de asilo en un caso fortuito; aun aventajó si cabe á esos grandes capitanes, pues tenia mucho menos gente que ellos, se hallaba en tierra mas distante y menos conocida, sin esperanza de humano socorro y entre bárbaros de feroces y salvages costumbres.

Cortés entró al fin en Méjico el día 8 de noviembre de 1519, haciendo prestar juramento de fidelidad á Carlos V rey de España, al emperador Motezuma que á la sazón gobernaba aquel vasto imperio. Pronto tuvo que abandonar aquella ciudad, dejando en ella solos 80 hombres bajo el mando de Pedro Alvarado, para salir al encuentro de Pánfilo de Narvaéz, quien enviado por Velazquez trataba de privarle de su gloria y aun de su libertad; pero la sagaz política de Cortés supo triunfar en esta como en otras ocasiones de los lazos que le armaban, y logrando que se le unieran las tropas de Narvaéz despues de haber quedado éste herido y prisionero, vuelve de nuevo sobre Méjico, el cual se habia sublevado durante su ausencia, y aunque logra entrar en él, no así apacigua á los amotinados. Conociendo entonces el peligro que corria de estar encerrado dentro de aquellos muros, donde eran incomodados diariamente por violentos ataques, en uno de los cuales salió herido el mismo Cortés, resolvió emprender su retirada haciéndolo de noche para mayor seguridad.

A pesar de estas precauciones, víéronse atacados á la salida de la ciudad y posteriormente en el valle de Otumba, donde dió la famosa batalla de este nombre, en la cual peleó y derrotó á mas de 200,000 indios, dejando en el campo mas de 20,000 cadáveres enemigos. En seguida prosiguió su marcha hasta llegar á Vera-Cruz, desde donde mandó nuevos despachos á Carlos V pidiéndole órdenes y socorros. Los emisarios cumplieron esta vez tan satisfactoriamente su comision, que á pesar del gran influjo de Velazquez en la corte, el mismo emperador contestó á Cortés en 22 de octubre de 1522, nombrándole virey de los países que habia conquistado, y de los que en adelante conquistase; ofreciéndole además enviarle los socorros que pedia. Mientras sus amigos y enemigos se agitaban en la corte de las Españas, Cortés proseguia su conquista con mas ardor que nunca, y despues de haber reducido muchos pueblos, y vencido los obstáculos que se oponian á su marcha, logró rendir definitivamente á Méjico, al cual puso el nombre de Nueva España, el 15 de agosto de 1521.

Contrariado por la rivalidad de Velazquez y calumniado en Madrid, recibió algunos desaires, y tal vez sin la proteccion del cardenal Adriano, no hubiera podi-

do conservar el título de virey, que ya le había sido otorgado por Carlos V, á quien llegaron á hacer dudar de la lealtad de Cortés.

Empero este hombre grande y generoso, correspondía á la desconfianza de su rey, prestándole nuevos servicios. Reedificó la ciudad de Méjico, se atrajo hacia sí las principales familias del imperio, distribuyó tierras á sus compañeros, y estableció manufacturas de todas clases. Descubrió y conquistó las provincias de Mechoacan, Panuco y Catepec; y llegó por el Océano Pacífico hasta la California, la cual solo tuvo tiempo de reconocer, pues se vió precisado á volverse á Méjico donde andaban los ánimos algo agitados. Despues de asegurar completamente la tranquilidad, resolvió pasar á España en octubre de 1527, para sincerarse cerca del rey, de las calumnias que le imputaban.

Fué muy bien recibido en la corte, y colmado por el monarca de honores y distinciones; mas poco á poco se entibió el favor de que gozaba en Madrid, y hasta el mismo Carlos V, solo por no parecer ingrato, aunque sin atreverse á devolverle el gobierno de Nueva España, le nombró al fin en 1529, capitán general de aquellas vastas regiones, confirniéndole además el título de marqués del Valle. Justas y bien merecidas recompensas á que se hizo acreedor el denodado capitán, que supo aumentar de tal modo el poder y la grandeza de una nación magnánima!

Disgustado Cortés de la marcha de sus negocios en la península, decidió regresar á Nueva España, ávido de nuevos descubrimientos y deseoso de aumentar sus conquistas. Invirtió sumas considerables en sus diferentes expediciones por la parte del Sur, hasta que logró descubrir las Californias; no permitiéndole el mal estado de su armada, pasar adelante sin grave riesgo de la empresa. Vuelto á Méjico á instancias del virey y de su esposa, tuvo algunas diferencias con la audiencia sobre sus asuntos particulares, lo que unido á la injusticia que con él cometió el antiguo presidente Nuño Guzman, y el tener que reclamar del real tesoro alguna indemnización de los cuantiosos dispendios que hizo en sus expediciones, le precisaron á regresar de nuevo á su patria.

En ella le esperaban aun nuevos desaires y el terrible desengaño del poco favor que gozaba en el ánimo del emperador, al que acompañó en la expedición á Argel; la cual fué desecha por un recio temporal que destruyó aquella poderosa armada, y puso en grave peligro la vida del célebre conquistador.

Cuéntase que no pudiendo obtener una audiencia de S. M. cierto día al salir éste en su coche, se subió al estríbo, y habiéndole preguntado el rey, ¿Quién eres? le contestó con noble altivez: *Soy un hombre que ha dado á V. M. mas provincias, que ciudades le dejaron sus abuelos.* Pero esta triste y última venganza de un héroe justamente indignado, empeoró su situación.

Segun Solís, su mayor deseo era tornar de nuevo á Méjico si el rey le diera licencia para ello, pero no lo consiguió. Entonces, lleno de angustias, abrumado por los años y cubierto de heridas, se retiró á Sevilla, y habiendo enfermado de gravedad pasó á Castilleja de la Cuesta, donde falleció cristianamente el día 2 de diciembre de 1547, á los sesenta y tres años de edad. Despues de hacerle los funerales, segun correspondía á su clase, en la capilla de los duques de Medina-Sidonia, fueron trasladados sus restos á un convento de religiosas creado de orden suya en Cuyoacan, provincia de Nueva España, segun dejó dispuesto en su testamento.

Algunos historiadores, y principalmente estrangeros, han tratado de rebajar el mérito de las glorias de este

conquistador, acusándole unas veces de cruel y otras de avaro: en cuanto á lo primero, si bien es verdad que usó de sobrado rigor en mas de una ocasion, no de otro modo hubiera podido atemorizar á aquellos bárbaros, acostumbrados á suplicios espantosos; además de que los cultos europeos de aquella época, empleaban otros no menos terribles, como puede verse en las guerras civiles de Alemania, Inglaterra, Francia é Italia: el crimen, pues, si es que le hubo, á su siglo y no á él debe imputársele.

El segundo cargo que se le hace creemos que aun cuando pueda tener algun fundamento, atendidas las inmensas riquezas que encontró en aquellos climas, queda destruido en su mayor parte teniendo en cuenta los grandes gastos que de su propio peculio hizo para llevar á cabo diferentes expediciones, pues segun asegura Bernal Diaz del Castillo con relacion á dicho verbal del mismo Cortés, solo en las que emprendió á las Californias, invirtió 500,000 pesos en oro. Por lo demás no debía andar muy sobrado de riquezas en los últimos años de su vida, cuando en una carta que escribió al rey desde Valladolid el 3 de febrero de 1544, lamentándose del mal pago que habían recibido sus servicios, se lee entre otros el siguiente párrafo... «Véome viejo y pobre, empeñado en este reino en mas de veinte mil ducados, sin mas de ciento otros que he gastado de los que trage éme han enviado, que algunos dellos debo tambien, que los han tomado prestado para enviarme, y todos corren cambios, y en cinco años poco menos que ha que salí de mi casa, no es mucho lo que he gastado, pues nunca he salido de la corte con tres hijos que tengo en ella, con letrados, procuradores y solicitadores: que todo fuera mejor empleado que V. M. se sirviera de ello y de lo que yo mas hubiera adquirido en este tiempo etc.»

Sirvan, pues, de contestación á sus detractores estas sentidas espresiones, las cuales además revelan claramente la amargura que debió acibarar los últimos momentos de la vida de tan insigne caudillo.

Concluiremos esta reseña, apuntando que Hernan Cortés, á consecuencia de las relaciones que mantuvo durante su conquista con la intérprete que le regaló el cacique de Tabasco, hija, al parecer, del de Guascoala, y que, sea dicho de paso, le prestó grandes servicios, tuvo un hijo natural llamado don Martin Cortés, caballero que fué de la orden de Santiago. Réstanos solo decir que Hernan Cortés, segun su compañero de expedición é historiógrafo Bernal Diaz del Castillo; «Fué de buena estatura y cuerpo, y bien proporcionado, y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre; y si tuviera el rostro mas largo mejor le pareciera: los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves: las barbas tenia algo prietas, y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas; y tenia el pecho alto y la espalda de buena manera, y era cenceño, y de poca barriga, y algo estevado, y las piernas y los muslos bien sacados, y era buen ginete, y diestro de todas armas, así á pie como á caballo, y sabía muy bien menearlas, sobre todo corazon, y ánimo, que es lo que hace al caso.» Era afable en su trato, ameno en su conversacion, y fino en sus modales: tan buen general como soldado, así dirigía una batalla como agarraba un pico para abrir una zanja. Así supo grangearse el aprecio universal, y no de otro modo sujetar el fogoso ímpetu de sus soldados, que en mas de una ocasion se hubieran desmandado, privando tal vez á la España del fruto de aquella preciosa conquista, y á Cortés del inmarcesible lauro de haberla llevado á cabo.

JOSE A. MATUTE.



ESTUDIOS RECREATIVOS.



VISTA DEL VESUBIO, TOMADA DESDE EL MUELLE DE NAPOLES.

UN DRAMA AL PIE DEL VESUBIO.

En la falda del Vesubio, y en la fuente de uno de los brazos del Sebeto, se elevaba una de esas encantadoras quintas, como las que se ven blanquear en el fondo de los hermosos cuadros de Leopoldo Robert. Esta quinta era un edificio elegante, cuadrado, mayor que una casa y menos imponente que un palacio, con pórtico sostenido por columnas, con su azotea por techo, con sus persianas verdes y una pradería llena de flores, cuya escalera conducía a un jardín todo plantado de naranjos, de adelfas y granados. En uno de los ángulos de esta coqueta habitación descollaba una hermosa palmera, cuya copa, sobrepasando el techo, caía encima como un penacho y daba a todo el conjunto del edificio cierto aire oriental que recreaba la vista. Durante el día, como es costumbre en Nápoles, la quinta muda parecía solitaria y permanecía cerrada; pero al llegar la tarde, y con la tarde la brisa del mar, abríanse dulcemente las celosías para respirar, y en-

tonces los que pasaban por delante de aquella habitación encantada podían ver al través de las ventanas piezas lujosamente amuebladas y decoradas con ricas colgaduras, y pasar por ellas apoyados del brazo y mirándose con amor un apuesto caballero y una hermosa dama. Eran estos el conde Odoardo Giordani y su joven esposa la condesa Lia, dueños de aquel encantado palacio.

Aunque ambos jóvenes se amaban después de largo tiempo, hacía solo seis meses que se habían unido con el sagrado vínculo del matrimonio; pues aunque debieron casarse en el momento en que estalló la revolución napolitana, no pudieron verificarlo entonces, porque el conde Odoardo, adicto a la causa real por su nacimiento y sus principios, había seguido al rey Fernando a Sicilia, y permanecido en Palermo como caballero de honor de la reina durante siete u ocho meses; después, cuando el cardenal Ruffo hizo su expedición a Calabria, el conde Odoardo pidió a su soberana permiso para partir con él, y habiéndolo obtenido, acompañó a este extraño jefe de guerrilleros en su marcha triunfal a Nápoles, donde encontró a su Lia fiel y enamorada como siempre, y como nada podía oponerse ya a su matrimonio, no tardó en ver realizados sus deseos, dando la mano de esposa a la her-

mosa joven á quien habia prometido un amor eterno. Queriendo huir entonces lejos de los asesinatos que desolaban la ciudad, se trasladó con su joven esposa al paraíso que hemos tratado describir, el cual habitaban juntos hacia seis meses, y donde el conde hubiera sido sin contradicción el hombre mas feliz de la tierra sin el acontecimiento que acababa de sucederle, y que turbaba profundamente su ventura.

No todos los individuos de su familia habian participado del odio que él profesaba á los franceses, y que le habia obligado á abandonar á Nápoles cuando ellos se aproximaron. El conde tenía una hermana menor que él llamaba Teresa, hermosa y casta niña que se desarrollaba y crecía como un lirio á la sombra del claustro. Según la costumbre de las familias napolitanas, el porvenir de amor y de felicidad de aquella hermosa niña, ese porvenir que ha permitido Dios que espere toda criatura humana, habia sido sacrificado al porvenir de ambición de su hermano mayor. Antes que la pobre Teresa supiera lo que era el mundo, habíase cerrado entre el mundo y ella la reja de un convento; y cuando murió su padre, y su hermano mayor que la adoraba quedó dueño de su libertad, hacia ya tres años que ella habia pronunciado sus votos.

La primera palabra que el conde Odoardo dirigió á su hermana cuando volvió á verle después de la muerte de su padre, fué la promesa de alcanzar del santo padre el rompimiento de un compromiso contraído antes que ella pudiera conocer el valor del juramento pronunciado, y apreciar la estension del sacrificio que iba á hacer; pero para la pobre niña, que no habia visto el mundo mas que al través del velo insuficiente de sus primeros años, cuyo corazón no conocía mas amor que el que habia consagrado al Señor, el claustro tenía su atractivo, y la soledad su encanto; dió, pues, gracias á su amado hermano por el ofrecimiento que le hacia, pero le aseguró que se encontraba contenta y feliz, y que temía todo cambio que pudiera dar á su existencia otro porvenir que aquel á que se habia acostumbrado.

Odoardo, que comenzaba á amar y que sabia por experiencia el cambio que el amor suele causar en la vida, se retiró pidiendo á Dios que jamás se arrepintiera su hermana de la resolución que habia tomado.

Transcurrieron algunos meses; llegaron después los acontecimientos que hemos referido; el conde Odoardo se retiró á Sicilia, como hemos dicho, dejando á la joven carmelita bajo la guardia del Señor.

Los franceses entraron en Nápoles, y no tardó en ser proclamada la república de Partenope: uno de los primeros actos del nuevo gobierno fué, así como lo habia hecho su hermana mayor la república francesa, abrir las puertas de todos los conventos, y declarar nulos los votos pronunciados á la fuerza.

Después, como fuera insuficiente esta determinación para decidir, principalmente á las mugeres, á abandonar el asilo donde se habian habituado á vivir y donde esperaban morir, se dió pronto otro decreto declarando completamente abolidas las órdenes religiosas.

Forzoso fué entonces á las pobres palomas salir de su nido; Teresa se retiró á casa de su tía, que la recibió como si hubiera sido hija suya; pero la casa de la marquesa de Livello (que así se llamaba la tía de Teresa) no era la mas apropiada para que la joven religiosa recobrase la calma que tanto echaba de menos. La marquesa, á quien su posición aristocrática, su fortuna y su nacimiento adherían de todas veras á la casa de Borbon, habia temido comprometerse por esta adhesión demasiado conocida, y se apresuró á recibir en su casa al general Championnet y á los principales gefes del ejército francés.

Entre estos oficiales habia un coronel joven de 24 años, lo cual no debe extrañar al lector, porque en aquella época, como en toda de revueltas, se ascendía con prodigiosa velocidad. Así, pues, este oficial, sin un naci-

miento ilustre y sin fortuna, habia llegado á este grado sin contar mas que con su valor. Apenas vió á Teresa se enamoró de ella; apenas le vió Teresa comprendió que hay otra felicidad en la vida, además de la soledad y el reposo del claustro.

Amáronse, pues, los dos jóvenes, el uno con la imaginación de un francés y la otra con el corazón de una italiana. Sin embargo, desde la primera reflexión que hicieron á sus solas pudieron comprender que aquel amor no podia menos de ser desgraciado. ¿Cómo la hermana de un emigrado realista podría casarse con un coronel republicano? Pero no por eso se amaron menos los dos jóvenes, y quizás se amaron mas á causa de esto mismo. Pasáronse tres meses, que á los dos amantes parecían un día; pero cuando mas aletargados estaban en sus sueños de amor, vino á despertarlos la orden para que el ejército francés tocase retirada, orden funesta que debia ser la señal de grandes desgracias: sin embargo era demasiado intenso el amor que ya se profesaban, para que pudieran arredrarse un solo instante ante la idea de una separación. Separarse era morir, y ambos se hallaban tan felices, que tenían muchos deseos de vivir.

En Italia, país de los amores instantáneos, todo está previsto para que á cualquiera hora del día y de la noche pueda ser santificado un amor como el que ya unía al joven general y á la hermosa Teresa. En efecto, preséntanse cuando quieren dos amantes á un sacerdote, le declaran que desean casarse, se confiesan, reciben la absolución, van á arrodillarse delante del altar, oyen la misa y se encuentran casados.

El coronel propuso á su amada un casamiento de este género. Teresa aceptó, y convinieron en que esta abandonaría el palacio de su tía durante la noche que precediera á la partida de los franceses, y que irían á recibir la bendición nupcial á la iglesia del Carmen, situada en la plaza del *Mercato Nuovo*.

Hízose todo como se habia acordado, ó poco menos. Presentáronse los dos amantes al sacerdote, y éste les dijo que todo estaba dispuesto para unirlos tan pronto como se hubiesen confesado. Nada habia que replicar á esto, porque tal era la costumbre: el coronel se conformó con tan justa proposición arrodillándose á un lado del confesonario, mientras que la joven se arrodillaba al otro, y aunque indudablemente su confesion no estuvo exenta de ciertos pecadillos, el sacerdote, que sabia que es necesario disimular alguna cosa á un coronel, y sobre todo á un coronel de veinte y cuatro años, le absolvió de sus culpas con una facilidad enteramente patriarcal.

Pero, contra toda esperanza, no sucedió lo mismo á la pobre Teresa. El confesor le perdonó su amor y su fuga de casa de su tía, puesto que esta fuga tenia por objeto seguir á su marido; pero cuando la joven le dijo que habia sido religiosa y que habia salido del convento á consecuencia del decreto que abolía las órdenes religiosas, se levantó el sacerdote declarando, que aunque estaba libre de sus votos á los ojos de los hombres, no lo estaba á los de Dios, y en su consecuencia se negó á bendecir su enlace. Teresa suplicó y el coronel amenazó; pero el confesor permaneció tan insensible á las amenazas como á los ruegos. Tentado estuvo el coronel á atravesarle con su espada; pero reflexionó que no por eso lograria mejor su objeto, y se llevó á Teresa entre sus brazos jurándole que aquel contratiempo no era mas que una dilación sin importancia, y que apenas llegaran á Francia hallarian un sacerdote menos escrupuloso que aquel, el cual se apresuraria á reparar el tiempo perdido uniéndolos sin mas demora y sin obstáculo alguno.

Como Teresa amaba, creyó y consintió en seguir á su amante. Al siguiente día la marquesa de Livello halló una carta que la anunciaba la fuga de su sobrina. Esta noticia la causó un gran dolor. Sin embargo, este dolor no procedía enteramente de la desaparición de Teresa.

Ya hemos dicho los temores políticos de la marquesa, temores que la habían obligado á recibir, contra su opinión, como amigos á los franceses que odiaba. Previendo una reacción realista, temía los cargos que la harían los partidarios de los Borbones por su facilidad en fraternizar con los patriotas; pero su temor creía de punto al considerar cuán grande sería su responsabilidad cuando se supiese que la sobrina que la había sido confiada, la hermana del conde Odoardo, es decir, de uno de los mas decididos defensores y amigos de la corte del rey Fernando, había partido de Nápoles con un coronel republicano. La marquesa de Livello se veía ya prisionera, guillotínada, ó por lo menos proscripta. Tomando, pues, una resolución instantánea, anunció que hacia algun tiempo que se debilitaba sin cesar la salud de su sobrina, y que suponiendo que no le aprovechaba el clima de Nápoles, iba á retirarse á su tierra de Livello. Aquella misma tarde partió en un coche cerrado, donde se presumía que iba con Teresa, y á la mañana siguiente llegó á su castillo, situado en la tierra de Bari, cerca del riachuelo Ofanto.

Este castillo era sombrío, aislado, solitario y convenia perfectamente á la resolución que había tomado. Al cabo de un mes se esparció la noticia en Nápoles de que Teresa acababa de morir de una enfermedad de languidez, sobre cuyo acontecimiento no dejó duda alguna un certificado de un anciano adicto á la marquesa hacia cincuenta años. Por otra parte, ¿quién podía sospechar que fuese mentira esta noticia? Todo el mundo sabía que la marquesa adoraba á su sobrina, y había anunciado públicamente que no tendría otra heredera; en fin, la marquesa había divulgado esta voz con tanta mas confianza, cuanto que Teresa la había indicado en su carta que jamás volvería á verla.

Inútil es decir que el sentimiento que causó á Odoardo semejante noticia llegó á un grado de desesperación, porque Lia y su hermana eran los únicos objetos que amaba en este mundo: afortunadamente le quedaba Lia.

Ya hemos dicho que al entrar Odoardo en Nápoles con el cardenal Ruffo había encontrado á Lia mas amante que nunca. Ya hemos dicho que se habían unido y abandonado á Nápoles para entregarse esclusivamente á su amor en esa deliciosa quinta que hemos descrito, situada en la pendiente del Vesubio, y desde cuyas ventanas se veía á la vez el volcan, el mar, Nápoles y todo ese pintoresco valle de la antigua Campania que se estiende hacia Acerra.

Los dos nuevos esposos recibían pocas visitas, porque la felicidad gusta de la calma y busca la soledad. Por otra parte, en los primeros dias de su casamiento vino una de las amigas de la condesa á pagarle su visita de boda, y hallándola sola, se apresuró á felicitarla no solamente por su union con el conde Odoardo, sino tambien por el triunfo que había alcanzado sobre su rival, triunfo de que era irrefragable prueba aquella union. Entonces Lia sin saber lo que significaban aquellas palabras, se había puesto pálida y preguntó de que rival se hablaba y que triunfo era ese que no comprendía. La oficiosa amiga refirió al punto á la joven condesa que no se había hablado de otra cosa en la corte de Palermo que del amor que el conde había inspirado á la hermosa Emma Lyonna, la favorita de Carolina, rumor que había hecho temer á las amigas de la futura marquesa que su matrimonio fuese una cosa demasiado aventurada; pero no había sido así: el nuevo Reinaldo, estraviado un instante, segun la imprudente narradora, había al fin roto las cadenas de aquella otra Armida, y dejando la isla encantada, donde se había perdido su corazón, había vuelto mas enamorado que nunca á sus primeros amores.

Lia había escuchado toda esta historia con la sonrisa en los labios, y con la muerte en el alma; en seguida, satisfecha la oficiosa amiga del dolor que había causado, se volvió á Nápoles, dejando en el corazón de la joven esposa todo el tormento de los celos.

Así que, apenas se cerró la puerta despues que salió su amiga, la infeliz Lia dió rienda suelta á su llanto, pero como casi al mismo tiempo se abrió una puerta lateral, entrando por ella el conde, procuró disimular sus lágrimas aparentando una dulce sonrisa; pero cuando quiso hablar, la ahogó el dolor, y en lugar de las tiernas palabras que quería pronunciar, no hizo mas que prorumpir en sollozos y suspiros.

Este pesar era demasiado profundo é inesperado para que el conde no tratara de averiguar la causa. Lia por su parte tenía el corazón demasiado lleno para encerrar por mas tiempo semejante secreto; desbordóse todo su dolor sin reconvencion, sin recriminaciones, pero tal como lo había experimentado, lleno de angustias y amargura.

Odoardo se sonrió, porque había algo de verdad en lo que había contado á Lia su oficiosa amiga. En efecto, la bella Emma Lyonna había amado al conde; pero con gran sorpresa suya, este amor no tuvo mas recompensa que la fría política del hombre de mundo. En fin, presentósele la ocasion de dejar la Sicilia con el cardenal Ruffo, y se había apresurado á aprovecharla. Odoardo refirió todo esto á su esposa con el acento de la verdad, sin hacer valer en manera alguna el sacrificio que había hecho, porque amaba demasiado á Lia para creer que le había hecho ningun sacrificio. Tranquilizada Lia con la bondadosa sonrisa de su esposo, acabó por olvidar aquella aventura como se olvidan las sospechas de amor, es decir, que no volvió á pensar en ella sino cuando se hallaba sola.

Una mañana en que había salido Odoardo al rayar el alba para ir á cazar al monte, vió Lia al pasar por su cuarto, sobre una mesa, cuatro ó cinco cartas que el cria-



do acababa de traer de la ciudad; dirigió á las cartas maquinalmente su vista, y observó que una de ellas esta-

ba escrita por mano de muger. Lia se estremeció, y aun cuando conocia demasiado sus deberes de esposa, para atreverse á abrir aquella carta, no pudo resistir al deseo de asegurarse del género de sensacion que experimentaria su marido al abrirla, y en cuanto sintió sus pasos, corrió á ocultarse en un gabinete desde donde podia verlo todo, y esperó ansiosa y trémula como si fuera á decidirse para ella alguna cosa suprema.

El conde atravesó su cuarto sin detenerse, y entró en el de su esposa, pues le habian dicho que estaba en su cuarto y creia hallarla allí. La llamó, pero como contestar era delatarse, Lia guardó silencio. Odoardo se volvió entonces á su habitacion, dejó su escopeta en un rincón, echó su morral sobre un sofá, y despues encaminándose negligentemente hacia la mesa donde estaban las cartas, dirigió hacia ellas una mirada indiferente; pero apenas vió aquella letra fina que tanto habia alarmado á la condesa, lanzó un grito, y sin cuidarse de las demas cartas, se apoderó de esta. Solo la vista de aquella letra habia causado al conde tal emocion, que tuvo que apoyarse en la mesa para no caer; despues permaneció un instante fijando sus miradas en el sobre-escrito como si no pudiera creer á sus ojos. En fin, rompió el sello temblando, buscó la firma, la leyó ávidamente, devoró la carta, la llenó de besos, y permaneció pensativo por espacio de algunos minutos. Finalmente, habiendo vuelto á leer aquella epistola, cuya importancia no era dudosa, la dobló cuidadosamente, miró á su alrededor para asegurarse de que no habia sido visto, y creyéndose solo, la ocultó en el bolsillo interior de su levitá de caza, de manera que, sea por casualidad ó con intencion, la carta vino á reposar sobre su corazon.

Aquella carta era de Teresa, y al ver Odoardo la letra de su hermana querida, que ya tenia por muerta, tembló de sorpresa, y creyó ser juguete de alguna ilusion. Entonces fué cuando abrió aquella carta con tanta emocion y temor. Entonces supo toda la verdad. El joven coronel habia muerto en la batalla de Génova, y Teresa se habia hallado sola y aislada en un pais desconocido. Esposa del coronel, habia vuelto á Francia orgullosa del nombre que llevaba, pero el matrimonio aun no se habia verificado y solo tenia derecho para llorar á su amante. Entonces pensó en su hermano que tanto la amaba, á él solo confió su posicón y le suplicaba le guardase el mas inviolable secreto, pues deseaba continuar pasando por muerta á los ojos de todo el mundo. Por lo demas, ella debia llegar casi al mismo tiempo que su carta: una sola palabra, que rogaba á su hermano le escribiese por el correo, le indicaria la casa donde podria apear. Allí le esperaria con la impaciencia de una hermana que habia temido no verle jamás. Para mayor seguridad, esta palabra no debia ir acompañada de ningun nombre, dirigiéndose solamente á madama***. Teresa terminaba su carta encargándole de nuevo el secreto, aun para con su esposa, cuya rigidez temia, y cuyo desprecio no podria soportar.

Odoardo cayó sobre una silla sucumbiendo al exceso de su sorpresa y de su alegría.

No intentaremos siquiera describir las angustias que la condesa habia experimentado durante la media hora que acababa de transcurrir. Veinte veces habia estado á punto de entrar, de presentarse repentinamente al conde y de preguntarle cara á cara si era ese el modo de cumplir los juramentos de fidelidad que le habia hecho; pero retenida todas las veces que lo intentó por ese deseo irresistible que nos arrastra á profundizar nuestras desgracias hasta el fondo, habia permanecido inmóvil y sin poder hablar encadenada á su sitio, como si hubiese estado bajo el dominio de un sueño.

Sin embargo, conoció que si el conde la encontraba allí adivinaria que lo habia visto todo, y por consiguiente estaria ya sobre aviso. Corrió, pues, al jardín, y por

una reaccion desesperada sobre si misma logró al cabo de algunos momentos dar cierta tranquilidad á sus facciones á pesar de los tormentos que devoraban su corazon.

El conde bajó tambien al jardín, donde no tardaron en encontrarse los dos esposos, haciendo al verse un esfuerzo sobre si mismos, el uno para disimular su alegría, y la otra para ocultar su dolor.

Odoardo corrió hacia su muger. Lia le esperó, y como aquel la estrechára en sus brazos con un movimiento casi convulsivo, se asustó la condesa y exclamó:

—¿Qué tienes, amigo mio?

—¡Oh! ¡cuán feliz soy! exclamó el conde.

Lia creyó que iba á desmayarse.

Ambos se retiraron para comer, y despues de la comida, durante la cual se mostró Odoardo tan distraido que no reparó siquiera en que su muger tambien lo estaba, se levantó y cogió su sombrero.

—¿A dónde vas? preguntó Lia temblando, y como pronunció estas palabras con un acento extraño, Odoardo no pudo menos de mirarla con cierta admiracion y repitió:

—¿A dónde voy?

—Si, ¿á dónde vas? replicó Lia con un acento mas dulce y esforzándose por sonreír.

—Voy á Nápoles. ¿Qué tiene de particular que vaya á Nápoles? continuó Odoardo sonriéndose.

—¡Oh! nada, pero como me habias dicho que no me dejarias esta tarde.

—Una de las cartas que recibí esta mañana me obliga á este corto viaje, dijo el conde; pero no tengas cuidado pues volveré temprano.

—¿Luego es un asunto importante el que te llama á Nápoles?

—De la mas alta importancia.

—¿No puedes dejarlo para mañana?

—Imposible.

—En ese caso, ¡adios!

Lia pronunció esta última palabra con tal acento de dolor, que el conde se volvió hacia ella, y cogiéndola en sus brazos, le dijo:

—¿Sufres, amor mio?

—¡Oh! no, respondió Lia.

—Si, si, ¿qué tienes? continuó el conde.

—¿Yo? nada, absolutamente nada. ¿Qué quieres que tenga?

Lia pronunció estas palabras con tan amarga sonrisa, que Odoardo no pudo menos de convencerse de que alguna cosa extraordinaria pasaba á su muger.

—Oye, hija mia, le dijo; no sé si tienes algun motivo de pesar; pero lo cierto es que mi corazon me dice que sufres.

—Tu corazon se engaña, dijo Lia; marcha, pues, tranquilo y no tengas cuidado por mí.

—¿Puedo por ventura dejarte ni aun por un momento cuando me dices adios de esa manera?

—Te repito que no tengo nada, dijo Lia haciendo un esfuerzo sobre si misma, vete, Odoardo mio, y vuelve pronto. Adios.

Durante este tiempo habian ensillado el caballo favorito del conde y pafaba al pié de la escalera. Montó en él Odoardo y se alejó haciendo con la mano una señal á Lia. Cuando desapareció detrás de la primera hilera de árboles, subió Lia á un pequeño pabellon que dominaba el terrado y desde el cual se descubria todo el camino de Nápoles.

Desde allí vió á Odoardo dirigirse hacia la ciudad á todo el galope de su caballo, y sintió oprimirse el corazon fuertemente, porque en lugar de pensar que corria de aquel modo para volver mas pronto, creyó que era solo para alejarse mas rápidamente.

Odoardo iba á Nápoles para preparar una habitacion á su hermana. Primeramente habia pensado alquilar un palacio; pero despues comprendió que esto no era obrar

según las instrucciones que había recibido, y que era preferible una casa humilde de un barrio estraviado. Halló lo que buscaba en la calle de San Giacomo, número 11, piso tercero, en casa de una mujer pobre que alquilaba piezas amuebladas. Sin embargo, queriendo hacer alguna reforma en la que reservaba para Teresa, mandó llamar un tapicero, quien le prometió que al día siguiente estarían las paredes cubiertas de seda y los suelos alfombrados, comprometiéndose a hacer de aquella pobre habitación un gabinete digno de una duquesa. El conde pagó anticipadamente al tapicero y aun le dió una tercera parte más de lo que pedía.

Al salir el conde encontró a su huésped, que estaba con su hermana, vieja como ella, y le recomendó que asistiese a la persona que había de ocupar el cuarto con todos los miramientos y consideraciones debidas. La huésped preguntó cuál era su nombre; pero el conde le contestó que no había necesidad de saber el nombre, bastando solamente decir las señas de la persona que había de recibir, la cual era una joven linda que preguntaría por el conde Giordani. Las dos viejas se dirigieron una mirada de inteligencia acompañada de una sonrisa que el conde no vió, ó por lo menos no advirtió. Después, sin tomarse siquiera tiempo para escribir, impaciente por regresar al lado de Lia, volvió a tomar el camino de la quinta, desde donde pensaba enviar la carta por medio de un criado.

Lia había quedado en el pabellon hasta que perdió de vista a su marido. Entonces bajó a su cuarto, siguiéndolo todavía con los ojos inquietos y penetrantes de los celos. Su corazón estaba tan oprimido, que ya no lo sentía latir; no podía llorar ni gritar: era aquel un suplicio horrible que creía que nadie podría experimentar sin morir. Así permaneció dos horas recostada en un sillón, al cabo de las cuales oyó el galope del caballo: era Odoardo que volvía; pero conociendo Lia que en aquel momento no tendría fuerzas para verle, y aun creyendo que le odiaba tanto como le había amado, corrió hacia la puerta, que cerró con llave, y en seguida se echó sobre su cama. No tardó en oír los pasos del conde que se aproximaba a la puerta: quiso abrirla, pero la puerta resistió. Entonces habló en voz baja, y Lia oyó estas palabras: «Soy yo, hija mía: ¿duermes?»

Lia no contestó, volviendo solamente la cabeza hacia el lado por donde venía la voz.

—Respóndeme, continuó Odoardo.

Lia siguió guardando silencio y oyó entonces los pasos del conde que se alejaba. Un instante después volvió a oírle preguntar por ella a su camarera; pero esta, que nada sospechaba, contestó que su señora había entrado en su cuarto, y sin duda fatigada por el calor se habría quedado dormida.

—Está bien, dijo el conde. Voy a escribir. Avisame cuando despierte.

Y Lia oyó entrar a Odoardo en su cuarto y sentarse delante de una mesa. Ambas habitaciones estaban contiguas. Lia se levantó sin hacer ruido, quitó la llave de la puerta y miró por la cerradura. Odoardo escribió efectivamente, y sin duda la carta que escribía satisfacía un deseo del corazón, porque su rostro estaba animado de una expresión indefinida de felicidad.

—¡La escribe! murmuró Lia, y continuó mirando, si bien luchaba entre sus celos, que la empujaban a abrir aquella puerta, lanzarse sobre el conde y arrancar la carta de sus manos, y un resto de razón, que le decía que tal vez no era una mujer a quien escribía y que era mejor esperar.

El conde acabó la carta, la cerró, escribió el sobre, llamó a un criado y le mandó que montara a caballo y llevara en aquel mismo instante a Nápoles la carta que acababa de escribir, y que Teresa debía recoger en el correo.

El criado tomó la carta de manos del conde y salió.

La condesa corrió hacia una puertecita de escape que daba desde su gabinete al corredor y bajó al jardín. En el momento en que el criado iba a pasar la reja del parque encontró a la condesa.

—¿A dónde vas tan tarde, Giuseppe? preguntó la condesa.

—A llevar de parte del señor conde esta carta al correo, respondió el criado y diciendo estas palabras presentó la carta a la condesa; esta dirigiendo su mirada rápida al sobreescrito, leyó:

*A madama***, en Nápoles.*

—Esta bien, dijo, marcha.

El criado partió al galope.

Esta vez no quedó ya duda a la condesa de que su marido escribía a una mujer, a una mujer que ocultaba su nombre bajo una señal, y que por consiguiente quería permanecer desconocida. ¿Por qué este misterio, si ya no es que ocultase alguna intriga criminal? La condesa tomó entonces su partido resolviendo disimular para espiar a su marido hasta el fin, y con un poder de que ella misma se había creído incapaz, entró en su aposento y abriendo la puerta que daba al del conde, se dirigió sonriendo hacia Odoardo.

Al día siguiente había olvidado el conde absolutamente la distracción que había notado la vispera en el rostro de su mujer, y que por un instante le había alarmado. Lia parecía más alegre y confiada que nunca.

La mañana de aquel día, que era domingo, estaba destinada por la condesa a una gran distribución de limosnas; así es que desde muy temprano se veía obstruida de pobres la entrada del parque.

Después del almuerzo, el conde, habituado a abandonar esta obra de beneficencia a su mujer, tomó su escopeta, su morral y su perro y se fue a dar una vuelta por la montaña.

Lia subió al pabellon; vió a Odoardo alejarse en dirección de Avellino, y respiró, porque esta vez no iba a Nápoles.

Al cabo de un instante vino su camarera a decirle que los pobres la esperaban.

Lia bajó, tomó un puñado de dinero y se encaminó a la reja del parque. Cada pobre recibió su parte; ancianos, mujeres y niños todos presentaron su mano vacía a la hermosa condesa, y la retiraron llena con una limosna.

A medida que se verificaba la distribución, los que habían recibido se retiraban y dejaban sitio a los demás. No quedaba ya más que una vieja sentada sobre una piedra, que no había pedido ni recibido nada todavía, y que, como si estuviese dormida, apoyaba la cabeza sobre sus dos rodillas.

Lia la llamó pero no contestó: dió algunos pasos hacia ella, y la vieja permaneció inmóvil: en fin, le tocó el hombro y entonces levantó la cabeza.

—Tomad, buena mujer, dijo la condesa presentándole una moneda de plata, tomad y orad por mí.

—Yo no pido limosna, dijo la vieja, digo la buena ventura.

Lia miró entonces a la que había tomado por una pobre y reconoció entonces su error. En efecto sus vestidos, que eran los de las aldeanas de Solafra y Avellino, no indicaban precisamente la miseria; tenía una basquiña bordada con una greca, un corpiño de paño encarnado, una toallita lida a la cabeza a la usanza de las mujeres de Aquila, un delantal adornado todo al rededor con un arabesco, y anchas mangas de tela gris por las que salían sus brazos desnudos. Su cabeza, que hubiera podido servir de modelo a Schuetz para pintar una de esas viejas campesinas a que es tan aficionado, parecía tallada en un pedazo de mármol negro. Las arrugas y pliegues que la surcaban estaban tan marcadas, que parecían hechas con un cincel. Toda su figura tenía la inmovilidad de la

vejez. Sus ojos solos vivían y parecían tener el don de leer hasta el fondo del alma.

Lia reconoció á una de esas gitanas á quienes una vida errante ha revelado algunos de los secretos de la naturaleza, y que han envejecido especulando con la ignorancia ó con la curiosidad. Lia había siempre visto con repugnancia á estas supuestas hechiceras, y dió un paso para alejarse; pero la detuvo la vieja diciéndola:

—¿No queréis que os diga vuestra buena ventura, signora?

—No, dijo Lia, porque podría suceder que mi buena ventura no fuese mas que una triste revelación.

—Generalmente el hombre tiene mas deseos de conocer el mal que le amenaza que el bien que puede sucederle, respondió la vieja.

—Si, tienes razón, dijo Lia: así es que si pudiera creer en tu ciencia no vacilaría en consultarte.

—¿Qué arriesgais? pregunto la vieja. Por las primeras palabras que diga conoceréis si miento.

—Tú no puedes conocer lo que yo quiero saber, dijo Lia, y por lo tanto es inútil.

—Tal vez, dijo la vieja: haced la prueba.

Lia se sentía combatida por ese doble principio cuya influencia había experimentado muchas veces desde la

vispera. También esta vez cedió á su genio malo, y preguntó aproximándose á la vieja:

—Pues bien, ¿qué es menester que haga?

—Dadme vuestra mano, respondió la vieja.

La condesa se quitó su guante y presentó su mano blanca, que la vieja cogió entre las suyas negras y arrugadas. Cuadro digno de un pincel maestro era el que en aquel momento presentaba aquella jóven hermosa, elegante y aristocrática, de pie, pálida é inmóvil, delante aquella vieja campesina de vestidos groseros y de tez abrasada por el sol.

—¿Qué queréis saber? dijo la gitana después de haber examinado las líneas de la mano de la condesa con tanta atención como si hubiese podido leer en ella tan fácilmente como en un libro; decid, ¿qué queréis saber, el pasado, el presente, ó el porvenir?

La vieja pronunció estas palabras con tal confianza, que Lia se estremeció; era italiana, es decir, supersticiosa; había tenido una nodriza calabresa que la había arrullado con historias de vampiros y brujas.

—Lo que quiero saber, dijo la condesa tratando de dar á su voz la firmeza de la ironía, lo que quiero saber es el pasado, porque él me indicará la fé que puedo tener en el porvenir.



VISTA DE LA ERMITA DEL VESUBIO.

—Habeis nacido en Salerno, dijo la vieja; sois rica y noble, habeis cumplido veinte años en la última fiesta de la madona del Arco, y hace poco os habeis casado con un hombre de quien habeis estado separada largo tiempo, y á quien amais profundamente.

—Está bien, está bien, dijo Lia poniéndose pálida, ese es el pasado.

—¿Queréis saber el presente? dijo la vieja fijando en la condesa sus ojos de vivora.

—Si, dijo Lia después de un instante de silencio y de perplejidad, si, quiero saberlo.

—¿Os sentís con fuerza para soportarlo?

—Si.

—Y si acierto ¿qué me dais? preguntó la vieja.

—Esta bolsa, respondió la condesa sacando una de seda enriquecida de perlas, y al traves de la cual se veía brillar el oro de unos veinte cequies.

La vieja lanzó al oro una mirada codiciosa y alargó instintivamente la mano para cogerlo.

—Aguarda un instante, dijo la condesa. Todavía no lo has ganado.

—Es verdad, signora, respondió la vieja. Dadme vuestra mano.

Lia presentó su mano á la gitana.

—Si, si, el presente, el presente murmuró la vieja, el presente es una cosa triste para vos, signora; porque

mirad una linea que va desde el dedo pulgar al anular y que me dice que estais celosa.

—¿Y hago mal en estarlo? preguntó Lia.

—¡Ah! eso no puedo deciroslo, replicó la gitana, porque aquí la linea se confunde con otras dos. Lo único que se es que vuestro marido os oculta un secreto.

—Sí, ese es, murmuró la condesa; continuad.

—El objeto de este secreto es una muger, añadió la gitana.

—¿Jóven? preguntó Lia.

—¿Jóven? Si, jóven respondió la gitana despues de un momento de perplejidad.

—¿Bonita? continuó la condesa.

—¿Bonita? No la veo mas que al través de un velo; no puedo contestar.

—¿Y dónde está esa muger?

—No lo sé.

—¿Cómo no lo sabes?

—No, no se dónde esta hoy. Me parece que está en una iglesia, y no veo por este lado; pero puedo deciros donde estará mañana.

—¿Y dónde estará mañana?

—Mañana estará en una habitacion de la calle de San Giacomo, número 11, piso tercero, donde aguardará a vuestro marido.

—Quiero ver á esa muger, exclamó la condesa arrojando su bolsa á la gitana. Cincuenta ceques si la veo.

—Haré que la veais, dijo la vieja, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que á pesar de lo que veais y oigais no os presentareis.

—Te lo juro.

—No basta prometerlo, es menester jurarlo.

—Te lo prometo.

—¿Por qué cosa?

—Por las llagas de Cristo.

—Bien. Despues será necesario que os proporcionéis un vestido de religiosa, á fin de que si os ven no os conozcan.

—Mandaré á pedir uno al convento de Santa Maria de las Gracias, de que es abadesa mi tia; ó mas bien.... espera.... iré por la mañana temprano con pretexto de ha-

cerle una visita, y tú vendrás á buscarme á las diez con un coche cerrado y me esperarás á la puerta que dá á la calle de la Arenaccia.

—Muy bien, dijo la gitana, allí estaré.

Lia se retiró á su habitacion, y la vieja se alejó meneando la cabeza y contando su oro.

A las dos de la tarde volvió Odoardo, y Lia le oyó preguntar al criado si habian traído alguna carta para él. Este le contestó que no.

Aparentando Lia no haber oído mas que los pasos del conde, pasos que tan perfectamente conocia, abrió la puerta sonriendo y le dijo:

—¡Oh! ¿qué agradable sorpresa! has vuelto antes de lo que esperaba.

—Sí, dijo Odoardo mirando hácia el lado del Vesubio; sí, estaba ya con cuidado. ¿No sientes un calor sofocante? ¿No ves que el humo del Vesubio es mas espeso que de costumbre? La montaña nos anuncia alguna cosa extraordinaria.

—No siento ni veo nada, dijo Lia. Además, ¿no estamos en el lado privilegiado?

—Sí, y hoy mas privilegiado que nunca, dijo Odoardo, porque un ángel lo guarda.

Aquella tarde se pasó como la anterior, sin que el conde concibiera sospecha alguna, pues también habia sabido Lia disimular su dolor. Al día siguiente á las nueve de la mañana pidió al conde permiso para ir á ver á su tia la superiora del convento de Santa Maria. Este permiso le fué inmediatamente concedido.

El Vesubio se mostraba cada vez mas amenazador, pero ambos tenían demasiado preocupada su imaginacion para pensar en el Vesubio.

La condesa subió á su coche y mandó que la llevaran al convento de Santa Maria de las Gracias. Cuando llegó allí dijo á su tia que para hacer de incógnito una obra de caridad necesitaba un vestido de religiosa. La abadesa le dió uno proporcionado á su estatura, Lia se lo puso, y al acabar su tocado monástico, mandó llamar á la vieja que la esperaba á la puerta dentro del coche cerrado. Cinco minutos despues se paraba este coche en la esquina de la calle de San Giacomo y de la plaza de Santa Medina.

(Se concluirá)

ESTUDIOS DE VIAGES.

LA GRUTA DE LA BALME.

(FRANCIA.)

Al atravesar la ciudad de Cremien para ir á la aldea de la Balme, recórrese un camino circundado por un lado de rocas de estremada altura, y por otro por áridas llanuras. La superficie de aquellas rocas ofrece la mezcla de los tonos bizarros pertenecientes á las piedras de toda especie, que entran en su constitucion; unas son de negro subido, otras reflejan colores brillantes, y todas están entrelazadas con la espesa yedra que serpentea desde la base, hasta su cúspide, muellemente apoyada en débiles

arbustos, cuya pobre existencia es solo sustentada por el escaso estiércol que retienen sus raíces entre las capas del calizo. Magestuosos bosques coronan aquellas murallas naturales.

Las llanuras que separan el sendero de la Balme del curso del Ródano, son de la mas triste esterilidad; algunas yerbas, algunas débiles espigas, se disputan una arena roja y pedregosa; y el viagero fija á su pesar sus ojos en aquellas tierras miserables que el soberbio Ródano parece desdeñar, y las cuales permanecen incultas y abandonadas.

Con esos sentimientos de piedad y de tristeza, se llega al pequeño vecindario de la Balme, donde es recibido el viagero por modestos habitantes, siempre sorprendidos de que entre ellos vaya á buscarse y á admirarse una maravilla.

Ciertamente que es una maravilla la que allí ocultan

las montañas, en medio de un pequeño grupo de cabañas de madera y de lodo: el pobre abriera su albergue á la sombra de las piedras monumentales que amontona la naturaleza para hacer el peristilo de aquellos templos subterráneos, enriquecidos con las obras maestras de una escultura en la cual ni el formón ni el cincel tuvieron nunca la menor parte.

Dirigido por el *cicerone* del lugar, hombre que mira sin ver, ó que ve sin comprender, puede el viajero atravesar con fiado la difícil entrada de aquella gruta mágica. Su guía, siempre frío, siempre metódico, así en sus excursiones como en sus relatos, sienta su planta en los pasos abiertos por sus padres, repite las palabras que oyera de ellos, y como ellos abandona su alma á los arrebatos del entusiasmo, del tesoro de la admiración, sin que una sola chispa de aquel fuego que ilumina, encienda su corazón ó despierte sus sentidos.

La sola emoción que siente el conductor, el solo temor que sabe espresar, es el de que no caiga una piedra ó el de que no se apague una hacha; y fuerza es decirlo, su solicitud es tan activa, que sus precauciones no carecen de acierto.

La entrada de la gruta aparece en medio de la aldea; su senda goza de las mas bellas proporciones, y está abierta como un arco de triunfo, en medio de las rocas cuyos picachos se estienden á lo infinito. De las grietas de aquella bóveda escápanse un torrente que se pierde en la cavidad profunda que se abriera al pie de la roca; abundantes yedras y árboles de hermosa vegetación y masas de rocas elevadas en columnas magestuosas, decoran y completan aquel pórtico elegante.

En uno de sus costados aparece una capilla arruinada en la cual se encuentra el santo madero para alentar en el peligro y fortalecer el alma.

Apenas se ha atravesado el dintel y dejado tras sí la capilla: desaparece la luz de un modo notable. Entrase en el vestíbulo que tiene cerca de cien pies de elevación; sus paredes son irregulares y están herizadas de asperezas y abiertas con extrañas excavaciones que penetran mas ó menos en la roca. Por ellas es preciso trepar para pasar adelante; y si puesto en su cumbre se echa una mirada en pos de sí, gózase del mas hermoso espectáculo: la pequeña aldea de la Balme, la verdura del peristilo, el torrente que se precipita por su lecho de guijos; el cielo se que se pierde en la lontananza, todo esto iluminado por un hermoso sol, ofrece el mas maravilloso contraste con los abismos y derrumbaderos de que uno se ve rodeado. A cada paso que dá el viajero, parece que se le vá á abrir la tierra; anda por desplomados pedruscos; volcadas montañas están suspendidas sobre su cabeza, así como los restos de arruinados castillos; vese obligado á deslizarse por una tierra negra y arcillosa, al través de sendas, asaz estrechas, para dar apenas paso á un hombre, y de este modo penetra hasta la segunda cavidad, vasta sala con techo y pavimento desiguales, y decorada con concreciones calizas, llamadas stalácticas ó stalágmitas. Siguen á esa sala varios anfiteatros donde se encuentran simétricamente colocadas las numerosas pilas que reciben el agua del torrente.

Esas pilas son todas cinceladas ó esculpidas con rara perfección. Hay en uno de aquellos anfiteatros una inmensa, al rededor de la cual, están dispuestas y escalonadas otras mas pequeñas; en algunos lugares forman escalones por los cuales se baja; unas figuran enormes pechinas, otras antiguos vasos de Paros, su blancura las destaca del negro fondo de la gruta, haciendo resaltar sus puros contornos y sus franjeadas cinceladuras.

De este recinto se pasa á la gruta llamada de los Diamantes, cuyas paredes están cuajadas de concreciones que brillan con el mas vivo resplandor, cuando la luz de las hachas hiere su cristalina superficie, y la reflejan en todos sentidos sus millones de facetas. La humedad de

aquella pieza es peligrosa, y el viajero se apresura á dejarla, para llegar á un suave declive, bien que haya de pasar por un difícil sendero, al borde del lago.

Pruébase en aquel entonces un sentimiento indefinible de admiración y de bienestar. Cansado de arrastrarse, encuentra por último el viajero un lugar de descanso en una pequeña barca, que donde quiera deseara fuese mas limpia y mas cómoda; mas en fin está allí, y siéntase en ella para hacerse trasportar sin fatiga.

El agua de este lago es tan cristalina, que por todas partes se distingue su lecho de dorada arena; encima vése la bóveda que aprisiona aquel mar, el cual ya es sinuoso é irregular; ya forma un estrecho canal cuyas márgenes toca la barca, y apenas lo ha surcado el viajero tendido al nivel del agua, cuando penetra en inmensas cavernas cuyos límites no puede abarcar la vista. El lago de la Balme tiene mas de una legua, y cuando acabado el viaje náutico, se llega á la orilla, aparece delante de una nueva entrada y aguardamos sensaciones de otro género.

Hasta allí el esplendor del vestíbulo, las cavidades sombrías y peligrosas, los anfiteatros, las esculturas, las cristalizaciones, han admirado, deslumbrado, encantado los sentidos, y aquella navecilla, aquella agua cristalina, han reemplazado con pensamientos graves y solemnes á ideas graciosas y risueñas. Si el viaje termina-se aquí no quedaria mas que un recuerdo de admiración; pero en la cueva donde se va á bajar, el terror se apodera del alma á la vista de los imponentes objetos que la naturaleza tiene allí reunidos.

Después de haber pasado por corredores de prodigiosa estension, de húmedas y frias paredes, llégase á un inmenso recinto; jamás hubo bóveda destinada á recibir los despojos de los mortales que ofreciese un aspecto tan tristemente solemne, ni última mansion alguna cuyos monumentos se viesen mas rodeados de recuerdos religiosos. Elévanse de todas partes descomunales rocas cortadas como tumbas, sobre las cuales están acodadas gigantescas fantasmas parecidas á monges en oración: aquí y allí véanse haces de armas y urnas funerarias; aquí columnas que tienen el aire de sostener la inmensa bóveda de un templo gótico; allí paredes cubiertas de largos canutos figurando juegos de órgano; mas allá cadenas de rocas que parecen altares, y todos esos ornatos, juguetes de la naturaleza inagotable así en su forma como en sus medios, son el producto de la infiltración de las aguas, que cargadas de materias calizas las depositan tan luego como quedan espuestas al contacto del aire.

Respirase algunos pasos de este recinto un aire fétido é irritante; siendo mas difícil la respiración á medida que se va andando. Al silencio de muerte que reina en las cavernas sucede un rumor lejano que va en aumento cuanto mas uno se adelanta; presto es el hedor insoportable y ensordece el estrépito, quedando el viajero axfisado á la par que aturdido. En aquel momento, á encontrarse uno solo en aquella atmósfera infestada, en medio de aquel concierto infernal creyérase la imaginación en aquel otro mundo hecho para los criminales que quizás no es mas repugnante.

Es tanto lo que fatigan las sensaciones que se experimentan, que ya desde un principio nos viéramos tentados á retroceder si no venciera á la desazon la curiosidad. Después de una hora de marcha durante la cual el ruido y hedor han ido siempre en aumento, el viajero llega por último á una cueva con un profundo abismo á un lado, y en el otro una plataforma, desde la cual pueden observarse las causas así del ruido como de la corrupción del aire: allí de memoria de hombres, hánse refugiado millares de murciélagos, cuajando las paredes y amontonándose sus restos en la enorme hoyá á la cual ellos solos pueden acercarse.

Desde el punto en que penetra luz en su triste mansion, echan á huir por todos lados, estienden su rápido

vuelo por encima de vuestras cabezas, y llegan á apagar las antorchas con que os haceis acompañar; su número es tal, que en un instante aquella parte de la gruta queda como transformada en una inmensa pajarera, en la cual pueden apenas moverse aquellos horribles animales; ni puede uno permanecer largo tiempo sin peligro, en medio de aquellos huéspedes salvajes, con quienes topan los viajeros á cada instante, obligándoles á dejar aquel lugar, no descontentos de haber á él venido, mas si abrumados de emoción y de fatiga. Un corredor estrechamente estrecho, conduce al aposento llamado del Rey, por haber descansado en él algunos instantes Francisco I; y después de una corta travesía, encuétrase por último el extremo del vestibulo, desde donde se vuelven á ver la luz y la verdura con una dicha verdadera; pues por un momento pudimos creernos separados de la tierra y de los hombres.

La capilla que hay á la entrada de la gruta, recibe los rezos de los habitantes de la Balme; pues todos los domingos celebra en ella la misa un sacerdote de las cercanías, y el 15 de agosto, un oficio solemne atrae en tro-

pel á los habitantes de las vecinas comarcas. Ofrece un admirable espectáculo aquel pueblo arrodillado en el sendero que conduce á la gruta, desde las primeras casas de la aldea hasta el fondo del vestibulo; mugeres, ancianos y niños agrupados aquí y allí encima de masas de rocas á la orilla del torrente, mezclando sus voces con el ruido del agua que gime por entre las guijas, ó se quiebra en las profundas cavidades; los cánticos repetidos por mil ecos y perdidos en la inmensidad; el sentimiento religioso realzado por la solemnidad de aquellos lugares; la incierta luz que ilumina á cada grupo según el lugar que ocupa en el vasto recinto: todo forma el mas hermoso cuadro, el espectáculo mas interesante.

Tal es á poca diferencia la gruta de la Balme, menos conocida quizá de los franceses, y sobre todo, menos célebre que la mas pequeña cascada de la Suiza, la montaña menos elevada de los Alpes, ó la mas débil circunstancia de la Escocia; pero la Balme es francesa, la Balme les pertenece, la Balme, fuerza es decirlo, no está mas que á 120 leguas de Paris.



VISTA DE LA GRUTA DE LA BALME.

